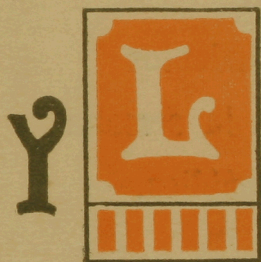




Revista Artes

de



Y Letras



DIRECTORES

M. L. ROCUANT

F. SANTIVAN

EDICIONES DE "ARTES Y LETRAS"

Año II. N.º 4
de la Revista

IX de las Ediciones
Agosto 1918



SUCESOS

Revista de actualidades
de mayor circulación en Chile
y la única que publica informaciones
gráficas
de los acontecimientos
acaecidos durante la semana
en toda la República.

DIRECTOR:

A. SOTOMAYOR

SANTIAGO

VALPARAISO

Galería Alessandri 24 - San Agustín 54

Precio: 50 centavos

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

(SUCESORA DE "LOS DIEZ")

DIRECTORES:

FERNANDO SANTIVÁN — MIGUEL LUIS ROCUANT

Santiago de Chile, Casilla 2455

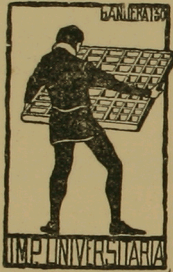
Año II.—N.º 4 de la Revista

IMPRENTA UNIVERSITARIA

Bandera 130—Santiago

1918





FRAGMENTOS ...

Un poeta provinciano

He aquí como se vive en un rincón de provincia: placidez y reposo, sosiego y calma del espíritu. Una historia vulgar es sin embargo, trágica, porque siempre el rencor aulla en el fondo de las pasioncillas provincianas...

De codos, en el balcón, contemplo la ciudad toda gris; los cerros distantes, las masas de árboles, la línea indecisa de un horizonte que hostiliza todo ensueño. Un crepúsculo rápido, instantáneo, cierne la tristeza áspera y el hastío de sentirse vivir en el vago tumulto de estas calles eternamente iguales.

Un poeta, sin embargo, descubre una blandura ideal en la arista agresiva y fosca de sus calles oscuras. Se mira vivir, se aduerme poco a poco con el rumor copioso de su espíritu que fluye como de un torrente lejano. El choque duro con la soledad, ese espanto que brota de lo inmóvil, se torna luego en calidez, en efusión tranquila y suave. Casi no asombran los hechos y cualquier accidente pasa rozando apenas la curva de la emoción. No es, pues, en una aldea en donde vive el poeta; es en una ciudad que tiene alamedas, plazas; carruajes, tranvías. Pero este ruido dura bien poco, parece arrastrarse sobre superficies de cera, blandamente, con un recelo de hacerse oír demasiado. Con el crepúsculo, cae también la soledad romántica, la tristeza imprecisa, confusa, vaga. Las luminarias que prolongan

su brillo, a lo largo de las calles, tienen una fijeza de pupilas alucinadas...

A la distancia para el poeta, asume otro aspecto la vida artística de la capital. Los valores estéticos sufren una transmutación lógica; el cerebro ejecuta esa labor silenciosa y fecunda de la abeja; cambian los planos artísticos y la grandeza de algunos escritores disminuye hasta el volumen de una avellana.— «Ea! no es así la vida; se ha falseado el concepto de la vida y el arte sufre la influencia de esa mentira que es la armazón de las obras mediocres...»—Dice así el poeta que mira de lejos, que oye fluir el torrente de su emoción, semejante a un rumor lejano.

¿Donde está el corazón, poetas? ¿Qué habéis hecho del corazón?

He ahí al poeta que vuelve de su paseo nocherniego, que vuelve de una alameda, cuyas avenidas idealiza la lumbre lunar. Trae los ojos anegados en lágrimas, un dulce deleite en el alma, una vaga zozobra en su corazón que ha vuelto a latir. No encontró a nadie en su paseo. No lo turbaron en su ensueño, ni risas femeninas ni agrías carcajadas burguesas. Vagó a la deriva, a lo largo de las alamedas, frente al prestigio luminoso de la soledad y del silencio. De pronto se halló en medio del campo, cerca de un río. De las cosas no se desprendía ya la inmovilidad inerte, el agrio rencor, la visión enfosquecida de la vida que trueca en dolor hasta el milagro virginal de una flor abierta. De los árboles, de las estrellas, del agua letárgica de las charcas iba hacia él una ondulación indecisa que la hacía erigirse en la actitud de una oración de gracias... Sus pupilas se tornaban limpias, curiosas de toda bondad, de toda alegría. Tenía un sentido piadoso el ladrar de los perros, el retorcimiento angustioso de los troncos a la vera del camino y la sombra de los cerros sobre el río semejaba una prolongación de su propia alma. Iba su emoción de un punto a otro y en cada hueco del paisaje, a modo de una abeja, depositaba su miel. Se encontraba a sí mismo y afectos remotos, cariños olvidados, surgían del fondo de su memoria. Oía cerrarse la celda del rencor, la obscura celda, de donde soplan hacia lo externo, para enturbiarlo, esas bocanadas frías, espesas, asfixiantes. Indulgencia, compren-

sión, serenidad parecían murmurar las voces ocultas, las ideas invisibles. La soledad ejerciendo una acción sedativa, purificaba su espíritu de toda inútil vanidad, de todo gérmen venenoso. Era un alma vibrante y hubiera querido como en el cuento del poeta legendario, ser una onda de éter, un lampo de luz, un estremecimiento de los bosques... A su encuentro venían, por la quietud del camino, los pensamientos bruñidos por el amor. Venían imágenes suaves, ternuras desconocidas, un ansia secreta y profunda; un aroma que derramaba sobre el obscuro pesimismo de su vida, enervada por la triste y desolada extrañeza de vivir, como la sedante calidez de un beso sagrado... Recordaba la risa de los niños y advertía que sus ojos estaban húmedos; aspiraba la fragancia de la tierra y todas las armonías vibraban en su espíritu igual que en una placa sensible.

¿Qué aura desconocida, qué voz nunca escuchada cantaba en el fondo de su corazón? ¿Qué ansia nueva surgía de sus entrañas, desgarradas por la vida, de su espíritu encharcado por el dolor de las pasiones mezquinas, que así derramaba su emoción, del tronco entero a los cerros inmóviles o irisaba el cristal dormido del río bajo la luna, y se elevaba hacia las estrellas remotas y milagrosas?...

Como una oración misteriosa temblaron en sus labios los versos del poeta incomparable:

«O vita! O vita!
 dono dell' Inmortale

 chi t'amó in la terra
 con questo furore?»

¿Dónde está el corazón, poetas? ¿Qué habéis hecho del corazón?...

Magallanes Moure.

Fué en una tarde suave y luminosa de otoño, al regreso por caminos de húmeda frescura. La belleza del paisaje parecía temblar en el estremecimiento de los árboles amarillos y en la

transparencia del cielo sobre el piadoso anochecer. La estética del poeta, nos pareció suave y entristecida como el paisaje, penetrada del recogimiento de la tarde y llena de esa vaga y brumosa nostalgia que la visión suntuosa del otoño, impone a los espíritus desprendidos de la tierra por largas y tenaces melancolías...

He aquí un poeta recogido en su reino severo y silencioso, en esa «soledad sonora» en la que el corazón sutiliza hasta la angustia cada milagroso latido y esparce sobre los horizontes secretos la lumbre suave y clara de las resignaciones. Las cimas del más puro dolor han sido tocadas por este poeta y su lírica de hoy pide cordialidad, intimidad, confianza. Parece ser que la vida fluye en torno de él sin apenas tocarlo, y el espíritu limpio de toda escoria terrenal, vuela ingrávido en ese mundo de los recuerdos y de las armonías. Un tono de quietud íntima, mística, fervorosa, da a sus versos actuales el sabor de una plegaria espiritual.

Me siento como un niño
extraviado en la fiesta

.....
Como un niño pequeño
lloro en mi desamparo.

Este dolor ni tiene rebeldías, ni violencias. La delicadeza que es en el poeta el sello de su lírica, convierte cada aspereza en blandura y mantiene el dolor a la sordina, lo envuelve en seda, lo esparce dulcemente como una luz tamizada. Una pupila bondadosa brota en el fondo de este espíritu para contemplar la tragedia de la vida. Se ha gustado todo el placer y se ha temblado con el sollozo de la carne. Las fibras ocultas del *hombre* han gemido, en el ansia de apurar a sorbos la copa de ese vino ardiente, y sin embargo, la tristeza de paladear después el áspero agror de esa bebida no ha hecho sino florecer en él una sonrisa triste, sin amargura, sin odio, sin pesimismo. El poeta mira y escucha, ahora, su corazón, recogido en su reino íntimo como un cenobiarca que transformara en luz las lágrimas, en delicadeza todo terrenal impulso. Su espíritu se con-

templa sutilizado, penetrado por esa fuerza luminosa que santifica los aspectos materiales de la vida y pone una lumbre cordial en el árbol solitario, en el agua dormida, en la curva inmóvil de los cerros, en la soledad pensativa del campo. Una noble serenidad vuela, en los tonos incorruptibles del corazón a la tierra, del paisaje al espíritu. Paisaje sobre el que la soledad tamiza un vaho romántico, un fino polvo de melancolía; paisaje-alma, sereno y dulce, de tonos esfumados, inconsistentes, como el de ciertas pinturas al pastel. Espíritu claro, limpio, translúcido, de evocación, de suave fatalismo, de piadosa dulzura. La emoción es tan sencilla y ferviente que podrá señalarse su vuelo trazando una línea delicada, de unión, algo semejante a esa buena senda de que nos habla,

lunada de esperanza y olorosa de amor

¡Amor! Todo entero está ahí el poeta. Entrega su corazón, vuelca el ánfora de sus emociones íntimas, de sus congojas secretas. Ni un sólo alarido del infinito, ni una sola queja de la carne angustiada. Un amor severo, triste, pensativo que *non piange ne rinde* como cantaba el viejo poeta italiano.

.....
Fué en una tarde suave y luminosa de otoño, al regreso por caminos de húmeda frescura. Sobre la tierra negra caía el dulce y piadoso anochecer. Serenamente cantaban las voces de la tierra, las voces distantes que pueblan los horizontes, las voces profundas y misteriosas que filtra el recuerdo y transfiguran la crueldad de vivir. Su estética de amor y de serenidad nos pareció suave y entristecida como el paisaje, penetrado del recogimiento de la tarde y llena de esa vaga y brumosa nostalgia que la visión suntuosa del otoño, impone a los espíritus desprendidos de la tierra por largas y tenaces melancolías...

Mariano Latorre.

De *La Serenata de Schubert*, *Sor Ines*, *Ojos Azules*, etc. a los *Cuentos del Maule*, existe la diferencia que va de un lírico fo-

goso a un realista romántico... Pero de los *Cuentos del Maule*, desordenados y agresivos a *La Epopeya de Moñi* o a *Risquera Vana*—dos de los esfuerzos postreros—se advierte la diferencia que corre de un romántico a un espíritu preparado en largas disciplinas realistas.

Sus primeros cuentos parecen un vasto laboratorio de observaciones que se atropellan en desorden hacia la única puerta de salida. La imaginación se desborda ciega y tumultuosa y rompe los resortes del equilibrio estético. Pero a trechos surgen, sin embargo, esos fragmentos admirables de paisaje y esos trozos de tipos que señalan a un observador magnífico y penetrante. La influencia de Balzac es manifiesta en este primer ciclo del cuentista y parece orientar sus actividades estéticas. Los largos períodos en que se desenvuelve su prosa vibrante marcan una concordancia curiosa entre el observador y el estilista. Se diría que un exceso de vigor se desborda y penetra por entre la lógica de las observaciones y descompone la superficie del estilo. Se adivina la impaciencia del artista que lucha, jadea y deja por fin, escapar en desorden el torrente...

A este desborde sucede una tregua lógica, una suerte de remanso sobre el que el artista se inclina para contemplar la vida. Renueva y bruñe su estilo, lo hace más preciso, más sobrio, más fresco. Las observaciones acumuladas se desprenden con lógica y los tipos adquieren ese relieve endurecido de los pichos al medio día... Una atmósfera de grandeza flota sobre estos tipos salvajes que viven acorralados en los cerros y el escritor, mediante ese espíritu de generalización estética que transforma en tragedia los aspectos humildes de la vida, alcanza en *La Epopeya de Moñi* un acento desusado, conmovedor. Ese oscuro episodio, agreste y bravío, tiene el sabor de un cuento regionalista italiano, de Verga o Grazia Deledda. Latorre sigue siendo el escritor regional que ya desarrolló sus aptitudes pintando tipos y paisajes del rincón nativo a la manera de los escritores italianos mencionados. Sólo que en aquellos el realismo, sobre ser de una áspera sequedad que da a sus creaciones un sello austero y triste, de tragedia, como si la naturaleza y los hombres volcaran el hervor y la fuerza de sus

pasiones, exaltan, además, exclusivamente, la vida de la pequeña región natal.

Hace algunos años, Federico Gana, ese artista admirable de la sobriedad y de la agudeza en el análisis campesino, marcó la orientación de un arte regionalista que tendía a expresar en cuadros breves y sobrios, el alma de una región. *Días de Campo* comprende ese brillante esfuerzo del escritor que ahora prolonga en la angustia dulce y brumosa de su *Manchas de Color*, los estados de alma de un contemplativo...

Pero parece ser que la estética de hoy, de Mariano Latorre, tiende a exaltar por la pintura de diversas regiones, estados diversos de ambiente y de raza. Su esfuerzo no se confina solamente en el rincón natal; en la pequeña provincia en que corrieron sus años juveniles. Los cuentos íntimos, pintan la vida de otra región, de otro medio distinto, de un ambiente desconocido: pastores y puesteros cordilleranos en su lucha terrible con los elementos y las pasiones primitivas, intervienen ahora. Fragmentariamente—y acaso por esto, las grandes síntesis: la novela y el teatro, no entran en sus esfuerzos—aspira a dar un cuadro que sea el espejo de las inquietudes de su tierra y de su raza...

DOMINGO MELFI DEMARCO.

«LAS NOCHES DE ORO»

...iba el peregrino,
tendidas las alas de su pensamiento;
dábale el camino su alma del momento
y él daba el momento de su alma al camino...

Esta nítida estrofa, cristalización musical y perfecta del vasto, infinito programa de ese zahorí emocionado que todo poeta es, apareció al frente del primer libro de Rafael Alberto Arrieta, el poeta argentino que nos envía hoy el más bello de sus volúmenes. Cuando tal programa leímos, expresado en forma tan alada como sintética, hubo en nuestro espíritu siempre voraz de poesía un estremecimiento de fe. El concepto de aquellos cuatro versos nos prometía lo que todo artista consciente de su misión puede ofrecer: restituir al mundo, encendido en el resplandor de su propio temperamento, cuanto la naturaleza y la vida le dan en el camino. Y la poesía con que el concepto nos era comunicado nos aseguraba una segura y alta realización de los temas. Todo aquello, pues, que *sub specie æterni* presiente el alma en la ruta de un alto poeta, y que está allí como esperando la visión que lo alumbre y manifieste en plenitud, parecía atisbar entre las páginas cuya posesión íbamos a lograr.

Y esas páginas nos confirmaron la presunción, en tomos sucesivos de creciente amplitud, creciente hondura y creciente perfección.

Hoy nos hallamos delante de *Las Noches de Oro*, libro defi-

nitivo, de maestro, de gran poeta. Hemos cerrado el volumen y ha quedado tremolando en nosotros un mundo de momentos sugeridos, esa como continuación muda que vibra en el silencio tras la ejecución de una sinfonía inefable.

Inefable, sí; hemos querido emplear un adjetivo peculiar de este poeta, para hablar de él, en lo posible, con su propio lenguaje. Hay un indiscutible maridaje entre el temperamento de un escritor y sus adjetivos predilectos. Y el adjetivo inefable, tan usado por Arrieta, representa a nuestro juicio el mejor calificativo de su alma y por ende el de su obra; él da, matizado por otros como cordial, armonioso, trémolo, límpido y plurisóno, la afinación diferencial de su personalidad poética. Un inefable deleite nos queda tras de leerlo, nos sentimos entonces engreídos de los paisajes, de las escenas candorosas, de las pasiones altivas o humildes y aun de la trascendencia que el poeta exprime a cuanto tema de algún aspecto ideológico trata en sus breves poemas. Toda obra de arte representa un pasado redivivo, y tal resurrección, a través de Rafael Alberto Arrieta, es siempre inefable: un suave e irisado poso aconcha en nuestro corazón; la grata y saludable lágrima, el agua de ternura, nos esponja; y una feliz sonrisa de comprensión y amor ilumina en todo momento nuestro mundo interior.

Comprobémoslo con algunos ejemplos, elegidos, por razones de espacio, entre las composiciones más breves de *Las Noches de Oro*.

EL SUEÑO

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.

—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela.

—Pues señor, este era el caso...

(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras, en el regazo).

EL VIAJERO

Los niños preguntaban
sonrientes al viajero:
—¿Quién sois? ¿qué nos daréis?—Al despedirse
sin responder, entre los ojos cándidos,
dejóles el misterio.

A mozos y doncellas
que alegres asediáronle y siguieron,
al perderse de vista,
en el alma y los labios
dejóles el deseo.

Los ancianos al verle
pasar, lo detuvieron.
Mas sin decir palabra, al alejarse,
dejó en los corazones
marchitos, el recuerdo.

REVELACIÓN

Si tú lo sabes ¡Calla!
(Arde en sus ojos la revelación...)
La luz serena bajo la pantalla
¡cómo apacigua aún mi corazón!

¡Oh, sí, lo sabes! Pende
de tu silencio la palabra, oh sí!
No la pronuncies... (Mi dolor la entiende).
¡Soy tan dichoso todavía así!

¡Lo sabes todo, todo!
¿No es verdad que lo sabes, no es verdad?
¡Quiero saberlo todo, todo, todo!
¡Me mata lentamente esta ansiedad!

¿Que no lo sabes? Dices
que nada sabes ni mi angustia induces?
¡Y me miras así!
¡Cierra tus ojos, como cicatrices!
¡Apagad, apagad todas las luces!
En sus pupilas la verdad leí...

PEREGRINACIONES

Cae la tarde, silenciosa y pálida,
con la inefable suavidad de un velo.
Disipada mi túnica de oro,
visto la dulce imprecisión del véspero.

Al internarme en la nocturna senda
vestiré la mortaja de las cosas,
el terciopelo azul en que se oculta
el latido rosado de la aurora.

Pero si el alma es como un lago inmóvil
bajo los astros, en su espejo lleva
la sideral blancura.
Luego el alba disipa su diadema.

Me internaré en la noche
vistiendo la mortaja de las cosas...
No faltará a mi cita—cuando el alma
pierda su imagen sideral—la aurora.

Del seno rosicler, más tarde, al seno
del día esplendoroso
iré, como una nube,
a recobrar mi túnica de oro.

Y siempre así, viajero sonriente
a través de las horas sucesivas,
mi corazón, en su apariencia de agua,
será siempre diversa y armoniosa
fugacidad que canta.

Como se ve, cuanto este poeta canta, aun lo doloroso—y aun lo dantesco, como «La Preferida», hondo y bellissimo poema que sólo por sus dimensiones no citaremos—deja en un transporte deleitoso, «inefable».

Y son muchas, son todas las composiciones de «Las Noches de Oro» dignas de transcribirse al lector. Los *Lieder* y *Poemas breves*, las *Peregrinaciones*, las *Evocaciones*, cuantas partes agrupan en el volumen los versos, merecerían darse a conocer al lec-

tor chileno, que por desgracia se halla todavía tan ajeno a la producción argentina.

Pero ya que en un artículo ello no cabe, incitemos siquiera con el comentario.

Muchas son las excelencias de este poeta. Desde luego, la adecuación de la forma única correspondiente al género de su poesía. Su modo de sentir exige más que otro alguno la diafanidad, el verso alado, impalpable, aquel que hace fluir la poesía, no de imágenes brillantes, ni de centellas líricas, ni de ritmos enérgicos, sino de una vibración inaprensible, pero penetrante, de un encanto musical que parece fugaz y sin embargo persiste, de un divino no sé qué que en todas partes y en ninguna está. Después, muchas excelencias más. Porque difícil es hallar tanta hondura y elegancia tal, semejante fusión de lo denso y lo transparente, igual fuerza emotiva, evocadora y sugerente a la vez. Con un léxico rico y culto, Arrieta es siempre sencillo; bajo un aspecto objetivo, hay siempre un mundo interior henchido, robusto y pleno de proyecciones en sus versos.

Sin duda, la música tiene gran parte en su victoria.

Él mismo nos dice:

La voz, la voz, desde el suspiro al grito!
Límpida, grave, trémula, recóndita,
siempre la voz, no importa la palabra,
qué importa la palabra; la voz siempre!

Y concluye:

Tu voz, sólo tu voz que me penetra
como la luz y es música de astros!

Porque, como hemos dicho, hay en Arrieta un sabio del verso, hasta un complicado hábilmente oculto, y un erudito, y un seleccionador diestro del vocablo; pero por sobre todo ello reina en su obra la vaguedad elocuente y milagrosa de la música que «penetra como la luz» y enciende, exalta y transporta.

Posee, lisa y llanamente—se dirá—el *quid divinum* de la gran poesía. Eso es lo que cabalmente queríamos fundar. Este

joven maestro del verso es, bajo la sabiduría de la forma, un gran poeta. Precisa que en Chile, donde su personalidad no tiene semejanza, se le conozca bien. Ello traería una orientación saludable, hacia el jardín de las emociones felices, y de los dolores felices, diríamos un poco paradójicamente, de los dolores que, mirados de un elevado punto de vista, en vez de desgarrar despiertan la ternura y robustecen el amor a lo creado, a la vida, a esta vida nuestra cuyo sangrar incesante parece que es necesario para la evolución del Todo.

Nosotros, a la influencia de sus versos debemos ya un bien, el de robustecernos el amor, ese amor a la naturaleza, a todo lo creado; ese amor que ha hecho místicos, en cuanto hacerse místico significa universalizarse.

Acaso estas almas todo emoción, cuyas horas, aun las de pesimismo, fluyen bondad, se encuentren más próximas al Gran Secreto. Acaso para ellas, en el Fin, haya el mejor recuerdo:

...iba el peregrino,
tendidas las alas de su pensamiento;
dábale el camino su alma del momento
y él daba el momento de su alma al camino...

EDUARDO BARRIOS.

CUANDO ME MUERA...

 Mi dulce amiga, tu amistad sincera
mi vida encadenó con fe tranquila,
como el rojo copihue o la alta quila
enlaza al roble de la selva austera.

 Y así como la bella enredadera
la alta copa cubrió de frescas flores,
coronaron mi frente los fulgores
de tu espléndida y virgen primavera.

 Mi dulce amada, el roble vendrá a tierra
herido por el viento de la sierra
y cubierta de flores su enramada:

 tal, esposa, también cuando me muera,
¡caeré, mi frente altiva coronada
por la sonrisa de tu vida entera!

FRANCISCO ZAPATA LILLO.



Fragmento del monumento "La Guerra"

ESCUPTURA DE LA SRA. REBECA MATTE DE ÍÑIGUEZ

EL PELADOR Y EL PELAMBRIENTO

El término «pelador», tan usado en nuestras conversaciones familiares, no está admitido por el léxico (por la edición un tanto antigua que yo consulto, en todo caso) en el sentido criollo y expresivo de descortezar la fama ajena.

«Pelador, define simplemente el diccionario, es el que pela o descortezar alguna cosa.»

Nosotros decimos «pelador» por el murmurador o mala lengua de ultramar.

Lejos está de mi ánimo el afán de romper lanzas en defensa del «pelador» de nuestra tierra. Estoy viejo y sabido por demás para desempeñar inútiles y ridículos papeles de quijote. Aparte de que los peladores saben defenderse por sí solos.

—«Fulano te anda pelando», advirtieron a uno de ellos.

—«No importa»—contestó el notificado.—«Estamos en Abril. Por el mes de Octubre voy a comenzar a pelarlo con empeño y antes de que termine el año lo habré puesto bueno para nada».

Sin embargo me parece interesante definir ciertas «nueces» (como dicen los franceses con un vocablo más sutil, a mi juicio, que el español de visos o matices) de la idea de pelador: es justo distinguir entre el «pelador» y el «pelambriento» (1).

El pelador es irónico, es caústico, es satírico, y fustiga los de-

(1) No digo «pelambreiro» porque el diccionario asigna a esta voz otro sentido.

fectos y debilidades humanas en forma original; el pelambriento es un vulgarísimo y rastrero comentador de las caídas que descubre en el vivir del semejante.

Aunque falto de la caridad evangélica preconizada por el divino Jesucristo, el pelador puede hacer bien poniendo de relieve la imperfección de los mortales, mientras el pelambriento se dedica a la estéril divulgación de las faltas del prójimo sin otro fin que el muy canalla de hacer daño.

Es, por lo general, el pelador un vero caricaturista de la frase que retrata, en pocos rasgos y de un punto de vista personalísimo, la silueta más o menos ridícula de algunos individuos o las tendencias criticables de una sociedad.

Entre tanto, el pelambriento es comparable al vil libelista, al odioso pasquinero y, a veces, al pornógrafo malsano: su acción es siempre perjudicial, infame, baja.

El pelador ridiculiza y difama el pelambriento. El uno es valiente, franco; el otro es vil, felón.

El primero pone en evidencia lo que está a la vista de todo el mundo, pero no es bien percibido por el observador superficial, el más común. Por eso es que la masa se encarga de repetir con gusto los dichos agudos del verdadero pelador, encantada de la justedad de alguna de sus bizarras opiniones, o del ingenio de un apodo que corresponde al público sentir no definido. ¡Y cómo rabian los tontos por esos éxitos de los espíritus mordaces!

En cambio, el que yo me he permitido bautizar de «pelambriento», propala sin gracia alguna de expresión, burdamente, los deslices o desgracias que sorprende en el vecino. Es un menguado delator de pasiones y miserias.

Sucede con frecuencia que en salones donde los pacatos se santiguan por lo que expresa sobre simples superficialidades de la vida, con originalidad y donosura, un patentado pelador, todos ellos aceptan mansamente atroces difamaciones y escandalosas historietas que cierta señorona con fama de estricta observante del Decálogo, denuncia sin pestañar en lenguaje asaz ramplón.

Hay familias enteras de vulgares pelambrientos que temen y

execran al pelador espiritual, lo cual no obsta para que sus conversaciones corrientes se reduzcan al comentario de escándalos y líos, de estafas y de quiebras, de divorcios y de rupturas de noviazgos, a la propaganda ruin, en suma, de cuanto puede desacreditar a nuestra sociedad aristocrática, una de las más distinguidas—pese a lo que murmuren los agriados—una de las más distinguidas de la tierra!

El pelador genuino, el que pone en solfa al petimetre del centro que lleva encasquetado en el testuz el calañés de su papá y cubre de polainas blancas unas extremidades de palmípedo, y a la solterona incasable con monerías de niña pretendida; el que se burla del orador político cuyo conceptuoso discurso provoca en el auditorio la velada pregunta de *¿quién se lo haría?* y no se deja imponer por las áureas charreteras del general que sólo ha mandado tropas en el Parque; el que denuncia a un cleriguín porque cultiva, entre novenas y misiones, el «remanente» testamentario de una beata acaudalada, o al pechoño que dobla ambas rodillas durante todo el santo oficio de la misa, pero observa de reojo a las devotas, si son bellas; el pelador de los tontos graves, de los catones viciosos, de los ricos-nuevos y otras especies admirables de ridículos y snobs, no debe ser confundido, en ningún caso, para los efectos de la sanción y de la estima, con el pelambriento maligno o tonto, siempre vil, que deshonra damas y denigra caballeros por bajeza natural, como la babosa destila inmundas babas sobre las flores mas fragantes.

JUAN DUVAL.

EL POEMA

Para la Revista de Artes y Letras

Yo escribiré un poema glorioso cuyos versos
sean versos flexibles, luminosos y tersos.
Que tengan el arrullo fastuoso de la seda,

y sean pecadores con arte, como Leda.
Poemas cuyas rimas tendrán brillos de raso
y pinceladas bellas en un color de ocaso.

Que no hable de tristezas, que no diga de brumas
en su fragancia a rosas y suavidad de plumas.
Que no hable de erotismos morbosos ni lascivias,

que sea bello en sus páginas y en sus conceptos, franco,
que no manche de lodo tu espíritu tan blanco
ni enfríe con escarchas a tus manos tan tibias.

Un poema divino que en tu tenue santuario
él sea el incensario y yo el turiferario.
Que en lo moderno y raro sea hijo de Lutecia

y en lo rítmico y grácil heredero de Grecia.
Y diré que tus manos, pálidas y delgadas,
de la más pura estirpe responden a las leyes,

y que son en mi vida un regalo de hadas,
un regalo de hadas o un regalo de Reyes.
Que ellas son en mis males los remedios más santos,

en las horas de pena mi consuelo mayor;
amuletos preciosos contra los desencantos
y arañitas que tejen las redes del Amor.

¡Oh tus manos, maestras en el acariciar,
tus litúrgicas manos, diáfanas y sedantes,
que ante la cruz de Cristo resbalan de sus guantes
y gestos de pagodas toman para rezar!

Que tus ojos oscuros son dos lagos pigmeos
velados por los flecos de tus pestañas hondas,
donde boga en silencio entre sus tibias ondas

la escuadra de mis sueños con todos sus trofeos.
Haré con él un libro primoroso y artístico,
con algo de pagano y con mucho de místico;

un título dorado tendrá en la tapa blanda
y letras historiadas sobre papel de Holanda;
y cuando entre tus manos pálidas y morenas

pasen sus hojas blancas, blancas como azucenas,
y el lenguaje del alma sólo turbe la estancia:
quedarán impregnadas en tu propia fragancia.

Será tu libro de horas, y tus manos ducales
repararán sus páginas ¡tus manos seductoras!
Porque a ti lo dedico pasaré muchas horas
burilando las letras de tus tres iniciales.

Con gesto atento y dulce te inclinarás sobre él
por descifrar los puntos que resulten complejos,

y yo sentiré celos del mísero papel
si lo miran muy hondo tus ojos circunflejos.

Será un libro moderno que alarmará a la gente
por exótico, raro, y a más por decadente.
Será un moderno libro de páginas fragantes,

fragantes y pequeñas lo mismo que tus guantes.
Será un libro armonioso, delicado y ameno
y más que todo eso,
por tí, por mí y por el amor que te profeso
será tres veces bueno.

*
* *
*

Te contemplo en mis sueños recostado en un blondo
sofá de hechura árabe, terciopelado y hondo;
pálido y trasparente como un viejo marfil,

pálido y trasparente tu gótico perfil,
el libro bien abierto sobre un muelle almohadón
y tus manos pegadas contra tu corazón.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

Montevideo, 1918.

Versos de Vicente Medina

AHORA QUE NO TE TENGO

A Josetica, la compañera muerta.

De lo que me falta a mí
a darme cuenta comienzo,
de lo que me falta a mí
ahora que no te tengo.

Lo que para mí valías
hoy ¡triste! es cuando lo aprecio.
¡Y es más triste el apreciarte
ahora que no te tengo!

Mas cuanto más desgraciado
mas cuanto más pobre y viejo.
¡Quién me querrá así, cual tú,
ahora que no te tengo!

¡Quién atenderá en la mesa
mi cuido y lo que prefiero,
dándome cariño en dulces,
ahora que no te tengo!

¡Quién pondrá! al cuidar mi ropa
aquel cariñoso celo,
—¡Ay! mi pobre ropa blanca!—
Ahora que no te tengo!

Cuando la razón me falte,
para calmar mi mal genio
¡Quién me dará la razón
ahora que no te tengo!

En mis males y miserias
quién venerará mi cuerpo
como santa, como mártir,
ahora que no te tengo!

Las noches desapacibles,
esperando mi regreso,
¡Quién velará en mi ventana,
ahora que no te tengo!

¡Y quién, en las noches frías
a mi lado, junto al fuego,
se arrimará dulcemente,
ahora que no te tengo!

.....

Y cuando, triste, me muera,
ahora que no te tengo,
¿quién me cerrará los ojos
y amortajará mi cuerpo?

¿Para quién planto un rosal,
para qué quiero ser bueno
para qué quiero la gloria
ahora que no te tengo?

¿Para quién hago este ramo
para quién hago este verso,
para quién son mis suspiros
ahora que no te tengo?

¿Para quién, hasta mis labios,
del corazón llega un beso
y a quién le lloran mis ojos
ahora que no te tengo?

Versos, y ramo, y rosal,
lágrimas, suspiros, besos,
¡para ti son más que nunca
ahora que no te tengo!

CROMOS SERRANOS

A Manuel Magallanes Moure.

ALBA

En la humedad de la mañana, bajo
un cielo de esos de fotografía,
la ciudad, a lo lejos, parecía
una ilusión envuelta en un andrajo.

Arriba, lentamente, con trabajo,
un rayo envuelto en timidez subía,
y un cerro congeló su hipocondría
mientras el río maldecía abajo.

El viento se llenó de una fragancia
de establo humedecido. A la distancia
vibró el grito procaz de una vaquera.

Y para comenzar su drama iluso,
severo como un lord, el sol traspuso
el lomo de la andina cordillera.

ZENIT

Lanza una rana su trivial diptongo
ante el sigilo de su acequia arcana,
y un coloquio imposible con la rana
comienza un buey dando un viril rezongo.

Una amenaza en el paisaje oblongo
es un sauce, que raya la mañana,
y reflejado el sol en la fontana
da la grotesca sensación de un hongo.

Sobre la cresta secular de un monte
abre las alas hacia el horizonte
una ave, a modo de abanico inverso.

El cielo flota como inmensa boya,
y el sol parece allí la claraboya
por donde Dios atisba el universo...

CREPÚSCULO

Va hacia el poniente el sol, como con sueño
Cual si estuviera enfermo de estrabismo
parpadea un lucero. Frunce el ceño
un volcán, que es un faro ante el abismo.

•
La brecha de un informe cataclismo
es una cuenca trágica, en diseño,
y el campo abocetado es el ensueño
del pintor que hay adentro de mí mismo.

Allá, una quechua de blasones puros,
la terracota de sus senos duros
luce, mientras ondea el rojo traje.

Y, a la luz del crepúsculo sombrío,
como una inmensa cuchillada, el río
divide en dos el alma del paisaje...

NOCHE

Como sobre un azul lienzo de seda
su tinta derramó en el horizonte
la noche. Un cerro, en el confín, remeda
dormir como un enorme mastodonte.

De la laguna me llegó una queda
ondulación: ¡quizá cruzó Caronte!,
y un balido arañando la arboleda
fué a clavarse en el sueño de otro monte.

De entre dos nubes de bruñido plomo
que iban formando un invertido domo,
surgió la luna sobre el campo entero,

tuvo una larga congestión de frío,
y el viento, de repente con hastío,
limpió los montes como un gran plumero...

ALBERTO HIDALGO.

De Edmond Perrier.

EL SENTIDO DE LA ORIENTACION

Frecuentemente, cuando buscamos una aprobación de nuestra conducta, preguntamos a los amigos: «En mi lugar ¿qué habrías pensado, qué habrías dicho, qué habrías hecho?» Los colocamos con esto invariablemente en la situación más embarazosa, pues nada es más difícil que substituir nuestra conciencia por la de otro. La dificultad es mucho mayor aun cuando nos proponemos determinar las causas de las actividades de un ser que no tiene los mismos órganos nuestros, que no se impresiona por las mismas sensaciones y que no ha heredado de sus ascendientes la misma provisión de esas conclusiones de viejas experiencias, que se llaman ideas innatas o instintos.

Por poco que observemos al más vulgar de los animales, nos damos cuenta pronto de que su pequeña alma está cerrada para nosotros y que no llegaremos a penetrarle sino después de innumerables esfuerzos, de múltiples astucias, de observaciones mil veces repetidas. Está ella formada de una multitud de compartimentos que es necesario abrir uno por uno y cada compartimento está custodiado por un cerrojo secreto del cual, antes que todo, es necesario fabricar la llave. Los mismos compartimentos se encuentran entre los animales más diversos y no es raro que las condiciones con que algunos de ellos saben hallar su camino, nos parezcan verdaderamente misteriosas.

Vemos palomas mensajeras que alejadas de su palomar en tren, después de haberlas narcotizado con cloroformo, vuelven directamente a él desde donde se las deje; y gatos que llevados en un canasto lejos de la casa donde habían sido criados, han regresado a ella aun exponiéndose a atravesar lagunas cenagosas, a pesar de su innato horror al agua. Me han contado que una cabra domesticada se fugó un día de primavera al bosque vecino, eligió allí un esposo y volvió al cabo de algunos meses acompañada de dos cachorros que instaló confortablemente; y que en los años que siguieron repitió la misma operación.

Los moluscos marinos cercanos a los caracoles, saben encontrar el agujero que les sirvió de habitación, el puente que construyeron bajo un alga o pegado a una roca. Y aun se ha podido comprobar que después de una lluvia de noche que ha ablandado el suelo y dejado en él largas líneas sinuosas, ellos marcan la senda recorrida por las medidas de tierra que durante la noche han tenido que caminar para alejarse de su galería. Como ninguna de estas líneas conduce directamente al orificio de aquélla, se comprende este sentido de orientación admirablemente desenvuelto en innumerables insectos y en particular en las abejas, las avispas y las hormigas.

Un ingeniero civil, hábil observador, el señor V. Cornetz, ha hecho un estudio de los más pacientes en las hormigas. El curso de sus observaciones ocupa todo un volumen y es una verdadera novela de aventuras. Las hormigas han inspirado ya más de una; y son éstas, novelas verídicas donde no se cuentan más que cosas comprobadas, aunque permanezcan ininteligibles, como es propio de las maravillas a las cuales todas las novelas deben su encanto.

Estos animalitos no sólo saben fabricarse un domicilio, sino que forman sociedades, en las cuales se prestan mutua ayuda y donde no hay necesidad de huelgas ni de sindicatos para obtener la paz social, porque cada uno cumple tranquilamente con su deber y se sacrifica siempre, sin titubear, al bien común. Tienen oficios y cada especie los ejerce a su modo: los unos merodean por las inmediaciones de sus ciudades para traer a ellas indistintamente todo lo que encuentran, los otros recolec-

tan y almacenan granos, y mientras que éstos cultivan el campo, los audaces guerreros reducen a la esclavitud (a la prusiana) a sus compatriotas más débiles y los obligan a trabajar en su provecho.

Todos estos quehaceres obligan a las hormigas obreras a abandonar su hogar. Y para regresar ¿cómo encuentran su camino?

Se dirá: «Nosotros encontramos perfectamente el nuestro». Pero nosotros no somos hormigas. Tenemos ojos que nos permiten notar los detalles de la senda, memoria que sabe retenerlos, y con sólo volver sobre nuestros pasos aseguramos el regreso.

Los ojos de los insectos están muy mal formados para apreciar los detalles y aun hay numerosas especies de hormigas que, siendo completamente ciegas, reconocen su camino tan bien como las otras.

Observadores como Lubbock, Wasmann, H. Fabre, J. Turner, Forel, Bethe, Henri Piéron, se han dedicado a anotar cuidadosamente todos los detalles de los caminos de una hormiga, a sembrar de obstáculos su ruta, a desordenar las señales que le pudieran ayudar, para sacar de esta manera algunas conclusiones sobre el comportamiento del animalito al cual se ha puesto en presencia de algo imprevisto. Cada uno ha visto las cosas a su manera y las explicaciones hipotéticas han variado naturalmente con el modo de ver. Lubbock llegaba a la conclusión que las hormigas se dejaban guiar especialmente por los rayos luminosos; Bethe, a la que ellas se servían especialmente de su olfato—que es muy fino—y regresaban a su habitación siguiendo, como los perros de caza, su propia pista o la de sus compañeras; Turner las consideraba como torpes que volvían a entrar en su domicilio a la ventura, reconociendo su vecindad por algunas pequeñas señales; Henri Piéron les atribuía una memoria de movimientos realizados que les permitía repetirlos en sentido inverso cuando empezaba el regreso y que fatalmente debía conducirlos al nido o a su vecindad, y pensaba, además, que ellas podían rectificar su ruta ayudándose, como lo hacemos nosotros, de todas las indicaciones que en el trayecto de

la ida les habían suministrado su olfato, su vista y los obstáculos mismos que les impusieron un exceso de esfuerzos.

Durante un veraneo de dos meses en Aïn-Taya (Algeria), el señor Cornetz se ha esforzado, por observaciones y experiencias multiplicadas, en hacer una selección entre estas diversas teorías o de encontrar, si era posible, una más satisfactoria. No alardea él de haber descubierto el problema. Ha expuesto simplemente lo que ha visto y no busca por el momento más que las conclusiones inmediatas.

Desde luego constata el señor Cornetz que si las hormigas regresan a su nido por un trayecto análogo a aquel que han seguido para alejarse, los dos senderos no se superponen jamás exactamente. La excursión de una hormiga puede tender a un punto determinado por la presencia de un centro de aprovisionamiento como el que suministra, por ejemplo, una cabeza de plátano podrida, o bien a un campo de exploración en el cual el insecto parece trepar en todos sentidos y ejecutar una infinidad de vueltas y revueltas entrecruzadas en busca de alimento. En el primer caso vuelve por un camino perfectamente directo, pero como está cargado, las dificultades que encuentra no son las mismas y oscila alrededor de su trayecto primitivo describiendo una trayectoria bastante sinuosa, pero jamás demasiado alejada de la dirección de su nido. En el segundo caso, la complicación de sus idas y venidas en el campo que ha explorado no ha alterado en nada la noción de la situación de su domicilio y al cabo de cierto tiempo coje el camino y vuelve, eso sí que sin escaparse en su ruta de más o menos gran número de caprichosos extravíos.

En las hormigas dotadas de buenos ojos las líneas del regreso son bastante más sinuosas y los extravíos son más considerables que en las otras. El animal cede a menudo a las sollicitaciones y a los caprichos que le distraen en el camino. Parece tener menos miedo de perderse y es por lo tanto muy probable que use de señales que auxilian su vista, como las hormigas que pertenecen a una especie dotada de un olfato sutil usan indicios que puedan atraer a sus sentidos. Las especies de carrera rápida llegan a seguir trayectos poligonales de gran ex-

tensión sin perder la noción de la ubicación de su nido y vuelven siempre, aunque sean abandonadas por sus compañeras.

Cosa curiosa: una hormiga cargada no obra como una que explora. Todos los esfuerzos de aquella tienden a su pronto regreso al nido. «Una hormiga que busca activamente—ha dicho el señor Cornetz—da la impresión de un ser despierto y ágil susceptible de actos variados en caso de ataque; pero una vez cargada hace el efecto de un autómeta».

En sus idas y venidas, las hormigas siguen rigurosamente ciertos trayectos que ellas diseñan como verdaderas sendas limpias de hierbas y de granos de arena. Naturalmente, desde que una hormiga cargada encuentra una ruta de este género la sigue y avanza por ella rápidamente. Si se pierde entonces de este camino deja por un momento su fardo para orientarse—como lo haría una brújula—y una vez alcanzado su deseo, coge de nuevo su carga y sigue un sendero exactamente paralelo a aquel que ha abandonado.

El señor Piéron había constatado que, en este caso, la hormiga ejecutaba un trayecto más o menos de la misma longitud que aquel que en la ruta primera habría debido conducirla al nido, y que hecho este trayecto y no hallada la puerta de su domicilio, vagaría desorientada en todos sentidos. El había sido, por consiguiente, inducido a suponer que la hormiga tenía el recuerdo de la cantidad de movimiento ejecutado para alejarse del nido y que se limitaba en su regreso a efectuar esta tarea. Si estaba en el buen camino, todo iba bien; si por una causa u otra se salía de él, no llegaba a su domicilio más que por una simple casualidad.

Para el señor Cornetz, esta «memoria muscular» o «memoria del esfuerzo ejecutado» no es la sola facultad que poseen las hormigas. A todas las facultades de memoria que hemos nombrado, como el señor Piéron, (memoria visual, olfativa, táctil y muscular) hay que agregar a las hormigas otras dos muy claras: 1.º un sentido de la dirección general que las hace orientarse hacia el lugar de donde ha partido, aún cuando hayan sido alejadas contra su voluntad por un soplo de viento o por cualquier

procedimiento mecánico que les sea extraño; 2.º un sentido de desviaciones angulares que, aunque ellas se hayan equivocado de dirección siguiendo un ángulo determinado, les hace regresar por una línea que forma un ángulo compensador inverso del primero.

El doctor señor Camilo Viguiet, profesor de la Universidad de Argel, ha señalado el primero de estos sentidos en las palomas mensajeras. «Estos animales se orientan—ha dicho él— como si llevaran en ellos una brújula». El comandante Raynaud, que ha dirigido con tanta habilidad las palomas mensajeras en el ejército, había constatado que poseían las dos facultades halladas hoy en las hormigas por el señor Cornetz. Hacer regresar a las palomas después de un viaje en tren u otro vehículo a una dirección cualquiera era para sus militares un juego corriente.

¿Cuál era la vía aérea que seguían para volver? Interesantes experiencias parecen indicar, que era en virtud de ese sentido de la desviación angular como ellas podían mantener una dirección general, aunque aparentemente se desviaran recorriendo una línea quebrada no recorrida todavía.

No se creará que la facultad de orientación sea del todo extraña al hombre como se podría en el primer momento suponer. Tenemos en nuestras ciudades y en nuestros campos cultivados, tantos medios artificiales de encontrar nuestro camino—sin sembrarlos de guijarros como lo hacía el Pulgarcito del cuento—, que apenas usamos nuestras facultades instintivas. Pero en los parajes donde no existe ningún punto que nos guíe estas facultades se exaltan, al menos en ciertos individuos, de una manera maravillosa.

Todo el mundo ha oído decir que estaban extraordinariamente desenvueltas en los Pielos Rojas cuando eran todavía salvajes. El señor Cornetz nos cita ejemplos más cercanos a nuestros días y más exactamente observados.

En su exploración del Gurara, en el Sahara, el señor Flamand

ha visto en un desierto, tomar a un guía la dirección de un lugar determinado, invisible y mantener su marcha hacia él durante varias horas sin extraviarse. El guía del señor Cornezt podía también mantener su dirección sin ninguna señal durante más de 30 kilómetros, alejarse y hacer numerosas curvas persiguiendo gacelas, volver sobre sus pasos, encontrar su camello, descansar, dormir; y al despertar, siendo todo desesperadamente uniforme a su alrededor, encontrar indistintamente su dirección sin reflexionar ni mirar el sol. Y este hombre no medía la distancia más que por jornada de caravana, no tenía ninguna noción de la duración del tiempo y no había podido comprender jamás lo que era una hora. Este sahariano se comportaba desde el punto de vista de la orientación, como una hormiga.

Los caminos del cielo están abiertos. Dirigibles y aeroplanos lo surcan en todos sentidos. Como cuando se está tan alto y las nubes enmascaran la tierra, no existen guías, pueda ser que veamos renacer en nuestros futuros navegantes aéreos esas preciosas facultades de orientación que persisten todavía en forma rudimentaria en nuestros marinos, que estaban ciertamente muy desarrolladas en nuestros antepasados de la edad de piedra y que nosotros hemos perdido por falta de cultivo; pero de las cuales portamos aún gérmenes que no son imposibles de reanimar.

Trad. y adapt. por J. ARRIAGADA-HERRERA.

INGENUIDAD

I

Viene cada mañana para entregar su frentecita blanca...

El hermano, el buen hermano de las noches amargas va dejándose acariciar por la nena; mira, muchas veces sin verla, y entrega sus cabellos desordenados al blancor de unos dedos pequeñitos y finos que juegan con ellos como dos tenacillas apenas entibiadas por la vida nueva.

Hay días, muchos días alegres, en que la frente de la hermana pequeña es un comulgatorio de reconciliación para la vida vulgar que nos acecha.

Y hay mañanas en que al besar sus carnes transparentes encontramos un reproche infinito: El hermano tiene noches de locura por los barrios lejanos, noches rojas que se deshacen soñando y despiertan al primer bostezo de la vida que duerme y olvida.

Ahl... las noches del hermano!...

II

Pequeñita.

Hoy no viniste. No vendrás mañana.

Rondé muchas calles desnudas, muchas calles largas, muchas calles frías.

Fatigado, silencioso, hermético a la soledad, aguardé que la noche pasara, y la noche no dijo nada.

Al despertarme, busqué frescura para mis sienes ardorosas; busqué el comulgatorio de los días risueños; busqué la carne de mi espíritu...

Y todo enmudeció... nadie dijo nada... y habló el silencio dolorosamente.

El hermano pensó entonces en la mujer de otro día, presintió para tu frente otros besos, otro cariño para tu espíritu, otro hombre: un Amor.

El hermano de las noches amargas miró tu camino y sin decir nada se abrazó al silencio que conversaba dolorosamente

El hermano de las noches lejanas, el que a veces es loco, miró también al suyo, pensó en ti y sin saber por qué, lloró...

¡Lloró, hermana!

Ruega por él. Su camino es enorme, áspero, negro, desolado y silencioso.

Y por él ha de ir...

Ruega, hermana...

ALBERTO ROMERO.

LA JAPONESITA (1)

Mit-sú, la linda japonesita de cabellos de ébano sedoso, mejillas de azucena y labios bermejos, está triste. Permanece sola en su habitación, sentada a la oriental sobre un cojín que ella misma bordara de pájaros y flores maravillosas.

Sus ojos negros, suavemente oblícuos, permanecen abiertos sin mirar a las cosas de la tierra, pero sí absortos en una intensa contemplación interior. Sobre la falda sostiene abierto un libro que ha poco leía. Es la última obra del elegante literato francés Paul Derould, cuyo estilo exótico, de extraña magnificencia, la ha sumido en un éxtasis profundo. Paul Derould ama el lujo. Sus personajes pertenecen siempre al gran mundo y su pluma goza describiendo faustos deslumbradores. En todas sus obras juega Amor el papel principal, y como las mujeres son tan sensibles a las fascinaciones del lujo y del amor, Paul Derould es el predilecto de las mujeres. La crítica suele asaetearlo duramente, pero el novelista no se inquieta por ello. Sus libros tienen una venta enorme y recibe a diario cartas de mujeres de todas partes del mundo, que traen en sus pliegues perfumados, frases de apasionada admiración. Derould no desea otro incienso. Sus libros le proporcionan dinero y amor; mu-

(1) Con este cuento hace su presentación en la prosa literaria la joven escritora que se oculta bajo el pseudónimo de María Monvel. Publicamos este trabajo con la seguridad que nuestros lectores encontrarán en él cualidades, que permiten augurar una futura novelista.—*La Dirección.*

chos amores: incógnitos los unos, visibles los más... y también un poco de gloria, pese a las auras requisitorias de los críticos graves, que se escandalizan por su éxito de librería.

Las obras de Derould circulan por todo el mundo y han llegado también hasta el Japón, y como las japonesas son tan mujeres como las occidentales, los libros del novelista francés han sido devorados por muchos cientos de ojos oblicuos, a la sombra de pequeños naranjos minúsculos o junto a las crisanthèmes de maravilloso porte y hermosura.

Mit-sú, la Butterfly más soñadora del más soñador de los países, ha leído todas las obras de Derould. Hija de padres opulentos, recibió una brillante educación, y la dulce Mit-sú que semeja un frágil y hermoso bibelot, habla a la perfección, además de su lengua materna, el francés, el inglés y el italiano; sabe arrancar al clave dulces secretos melodiosos, y entonar delicadas canciones acompañándose con un extraño instrumento, cuyos sonidos agudos y melódicos tienen una vaga semejanza con los de la flauta.

El narcótico sutil del Ensueño hizo presa en el corazón de Mit-sú, y la hermosa Butterfly leía mucho. Gustaba especialmente de los libros franceses por encontrar en esta lengua una dulzura incomparable.

Así habían llegado hasta ella las obras de Derould y la habían seducido hasta el punto de adquirir todas las que llegaban a su país. Sobre sus rodillas permanece abierto el último libro del novelista «L'homme des yeux d'or».

Mit-sú está melancólica. Su lectura ha vertido ensueño hasta hacerla desbordar en la copa plena de su corazón. Piensa en André Thomas, el personaje principal, y en la seducción irresistible de sus ojos de oro. Piensa también en su esposo Yong-Tom, robusto, imponente, los ojos casi verticales... ¡cuán distinto! Y en cambio—Mit-sú, antes de pensarlo mira azorada a su alrededor—y en cambio, cuán semejante al vizconde de Ozuna, el secretario de la Legación de España que le presentara no ha mucho su esposo, que ocupa un alto puesto en la corte del Emperador. Sí, el vizconde tiene como André, el cuerpo alto y fragil, y como él, es pálido, palidez que acentúa con

una ligera nube de polvos de arroz. Labios bermejos y dientes de una extraordinaria blancura. Y los ojos... ¡oh!... los mismos ojos de oro de André Thomas.

Sigue la japonesa hilvanando quimeras, y es tan absoluta su inmovilidad, que en medio de las mil chucherías extrañas de su habitación, parece un ídolo de porcelana o la obra maestra de alguno de esos maravillosos artistas japoneses. Un ruido leve la hace volver en sí. Es Yon-Tom, su esposo, que acaba de penetrar en la estancia y la saluda con ceremoniosa inclinación. Mit-sú cierra el libro y se pone de pie respetuosamente. Con su elegantísimo kimono de seda rosa, bordado de pájaros irreales, sostenido el alto moño por los ricos alfileres de oro, parece una extraordinaria muñeca animada.

La dulce Mit-sú, que a pesar de su ilustración poco común, recuerda las viejas tradiciones, extiende ambas manos e inclina con profunda reverencia su cuerpo de flor. Es el saludo al amo, el vasallaje de esclava que aun persiste en la intimidad de la familia. Pero Yong-Tom quiere a toda costa ser civilizado, y se apresura a coger una mano de su esposa, besando con mucha gracia la punta de sus dedos cuajados de sortijas.

Mit-sú enrojece. El vizconde de Ozuna la ha saludado siempre así, envolviéndola en la llama intensa de sus ojos de oro.

Yong-Tom mira con cierto disgusto el atavío de su esposa.

—¿Por qué llevas ese kimono, Mit-sú? Te he repetido que prefiero siempre los trajes occidentales. ¡Si te viera así alguno de nuestros amigos! El kimono ya no se usa en nuestro país más que entre las mujeres del pueblo.

—Sí, pero en la intimidad me agrada llevarlo todavía. Pero si os disgusta...

—Sí, Mit-sú; quiero verte siempre vestida a la moda europea.

—Obedeceré...

—Mañana tengo algunos invitados extranjeros a cenar. Asistirá también el vizconde de Ozuna. Llamarás a tu peinadora francesa, y quiero que vistas el más elegante de los trajes que encargaste últimamente de París.

—Serás obedecido.

Y Mit-sú se inclina de nuevo profundamente. Yon-Tom prosigue:

—Es preciso que olvides esas costumbres, querida. Nada de reverencias profundas, ni exageradas muestras de respeto. Sobre todo en presencia de los extranjeros. Quiero que sepan que nuestras mujeres no son menos civilizadas que las de ellos... Hasta luego, Mit-sú. Hoy ceno en palacio. Su Majestad me hace el honor de invitarme a su mesa y ya no nos veremos hasta mañana.

Y Yong-Tom se inclina besando por segunda vez la pequeña mano pálida.

Cuando su esposo hubo salido, Mit-sú lanzó un suspiro. ¡Volvería a ver al vizconde que tenía los ojos de oro como el *Andre Thomas*, de Paul Derould.

Se deja caer de nuevo más pensativa que nunca sobre el cojín de raso. Coge el libro de Derould y lee al azar: «A la seducción intensa y cálida de su voz y a la llama ardiente de sus ojos de oro, ninguna mujer se había resistido aún, y la altiva Blanca que, según decires, era insensible al amor, sería vencida también, irremediablemente...».

El libro resbala de los dedos flojos de Mit-sú y cae entreabierto sobre la alfombra, como un pájaro que se ha roto las alas.

Mit-sú está tan melancólica que siente deseos de llorar. Ella no podrá conocer jamás esos maravillosos países de Europa, en donde las mujeres tienen derecho al amor; aquellos extraordinarios países en donde las mujeres no martirizan sus pies con deformaciones crueles... ¡Cómo se siente desgraciada, ella, la pobre japonesita, la Butterfly más soñadora y más bella, del más bello y soñador de los países!

La criada penetra silenciosamente, llevando la bandeja de laca con el té humeante en la tacita transparente y frágil.

*
* *

Mit-sú se contempla en el espejo con su elegante traje de la Casa Worth, y sus ojos dulcemente oblicuos revelan una gran pesadumbre. El talle fino, al que sientan tan bien los pliegues

suelos del kimono, se encuentra estrecho y como aprisionado en el elegante traje occidental. Es, sin embargo, una delicadísima y vaporosa creación en tul verde brillante que hace realzar aún más la palidez transparente y nívea de su tez. Ya no lleva prendidos los cabellos con los largos alfileres de oro. Madame Cristhine la ha peinado a la europea y aunque la japonesita está siempre muy hermosa, ella se encuentra extraña y vulgar.

—Voy a parecer fea al vizconde—se dice—comparara mi estatura pequeña con la arrogancia esbelta de las hermosas de Europa, y mis ojos oblicuos y tristes con los ojos deslumbrantes de las extranjeras.

Mit-sú está a punto de llorar, pero es preciso contenerse porque los invitados llegarán pronto.

Yong-Tom penetra en la lujosa estancia amoblada con los más exquisitos refinamientos del fausto europeo.

Contempla a su mujer atentamente y da su aprobación.

—Bien, querida Mit-sú. ¡Estás muy hermosa! ¡es admirable ese traje!... ¿De la casa Worth?

—Sí, de la casa Worth.

Yong-Tom que no entiende mucho de elegancias femeninas, bástale saber para estar satisfecho, que el traje escogido por su esposa, ha salido de los talleres del reputadísimo modisto parisién.

Un criado anuncia en francés:

—El señor vizconde de Ozuna.

—Mit-sú enrojece levemente cuando el aristócrata español penetra en la estancia. Se inclina con suma gracia besando los dedos de lirio de la japonesa, y dirige después un cordial saludo a Yong-Tom.

A pesar del dominio absoluto que tiene el vizconde sobre su persona, Mit-sú cree observar en sus pupilas una fugitiva expresión de asombro al contemplarla con ese atavío. Cuando la conoció por la vez primera, llevaba su kimono de seda rosa....

Llegaron los demás invitados. Algunos diplomáticos extranjeros y dos o tres japoneses que ocupan algún puesto eminente en el país.

El vizconde se sienta junto a Mit-sú, cuya palidez intensa acusa una grave emoción.

—Está Ud. muy hermosa Mit-sú; muy hermosa con ese traje.

—Oh, no! Los atavíos occidentales no me quedan bien.

—Todo le queda a Ud. admirablemente, pero, en verdad, confieso que con el kimono rosa estaba Ud. aquel día deslumbradora.

La dulce Mit-sú, turbadísima, no sabe qué responder. Con los ojos bajos para no encontrarse con la mirada del vizconde, entrecruza uno con otro sus largos dedos afilados cubiertos de sortijas.

El vizconde prosigue:

—Las japonesas abandonáis más cada día vuestros hermosos atavíos de antaño, lo que es muy lamentable para la estética.

Mit-sú murmura:

—Yo, en la intimidad, gusto siempre del kimono,—y agrega con dulce sencillez:

—Con estos trajes europeos no me encuentro bien, y hasta me imagino que estoy ridícula.

—¡Oh, Mit-sú! eso jamás. Hoy está Ud. bellísima. La tonalidad verde de ese traje hace más pálida, más nívea, casi traslúcida su tez.

Enrojecía de nuevo la japonesa, cuando la voz de Yong-Tom, se alza oportuna:

—Mit sú ¿por qué no haces un poco de música? Estos señores desean oírte.

Se dirige ella al piano conducida por el vizconde, que permanece a su lado para volverle la hoja.

—¿Qué música prefiere Ud?

—La de Chopín, sobre todas.

Mit-sú toca con exquisita delicadeza.

Cuando termina, las doradas pupilas del vizconde la contemplan con admiración apasionada.

—Es Ud. todo una artista, Mit-sú. Jamás la Polonesa me ha conmovido tan profundamente ni aun cuando la he oído ejecutada por los más grandes genios del arte musical.

—Extrema Ud. la galantería, vizconde,—dice Mit-sú, la voz velada por la emoción.

—No, no, y sería el más dichoso de los mortales, si me con-

cediera Ud. una audición privada antes de marchar a Europa... ¿Quiere Ud?

Y su voz tiene una ardiente entonación de súplica. La japonesita lo mira largamente. Eran los mismos ojos de oro de André Thomas, la misma palidez, casi las mismas palabras... ¿Sería como él un seductor perverso y sin corazón?

Los ojos del de Ozuna siguen implorando.

Mit-sú responde al fin con voz que intenta en vano sea natural y sencilla.

—Tendré mucho gusto. Cuando Ud. quiera.

—¿Qué le parece a Ud. mañana?

—Bien; lo espero a tomar el té conmigo.

—Gracias, Mit-sú, gracias...

Yong-Tom charlaba, en tanto, con sus invitados de asuntos políticos. En su interior se siente dichoso de ver a su mujer más desenvuelta y tan cortejada. Su mirada orgullosa parece decir: «Ya véis cómo nuestras esposas no son esclavas y tienen tanta o más cultura que las vuestras».

*
* *

Mit-sú habla a Yong-Tom de la audiencia musical pedida por el vizconde y concedida por ella.

El japonés exclama con énfasis:

—Muy bien, querida. Me alegro que hagas vida de sociedad y te acostumbres a actuar en nuestro gran mundo.

—Lo he invitado a tomar el té conmigo—dice Mitsú—. Supongo que tú asistirás también.

—No, querida; es imposible. Tengo varios asuntos que arreglar en Palacio esta tarde. Por hoy, harás sola los honores al vizconde... ¿te disgusta eso mucho?

—Me contraría un poco...

¡Siempre tan timorata! Te obligaré a frecuentar la sociedad de las damas extranjeras, para que imites su desenvoltura. Por otra parte, estoy orgulloso de ti, Mit-sú. Todos estuvieron acordes para asegurar que era una ejecución bastante admirable! Hasta muy pronto, y trata de sorprender al orgulloso viz-

conde de Ozuna que, según decires que probablemente sean falsos, tiene una idea un poco despectiva para las japonesas.

Mit-sú sonríe sin responder y tiende la mano a su esposo, quien la besó con enfática cortesía y salió en seguida de la estancia.

* * *

—¡El kimono rosa! Gracias, Mit sú. ¿Verdad que se lo ha puesto Ud. por agradarme?... ¡Oh! no lo niegue Ud. ya que sabe que una afirmación me haría tan dichoso!

Mit-sú, tratando en vano de dar seguridad a su voz que tiembla, responde:

—Sí; como he dedicado a Ud. esta tarde, vestí uno de nuestros trajes de antaño. Beberemos el auténtico thé japonés, que seguramente le sabrá un poco amargo...

—Nada puede parecerme amargo en su compañía, Mit-sú...

—Y nos lo serviremos sentados a la oriental en mi saloncito japonés.

—¿Cómo puedo agradecerle a Ud. todo esto?

—Mientras tanto, ya que es Ud., según me dijo ayer, un apasionado de la música, voy a tocarle a Ud. un poco mientras nos sirven.

La pobre Mit-sú, no sabiendo cómo disimular su turbación que va en aumento, discurrió ese arbitrio. Los ojos de oro de aquel André Thomas, que era una realidad y no una quimera, infiltraban en todo su ser un vago terror.

—¿Qué desea Ud. oír?

—¡Chopin!... ¡Siempre Chopin!

Las menudas manos recorrieron el teclado con arte y sentimiento exquisito, mientras las pupilas doradas del vizconde que Mit-sú no puede ver, se iluminan con una llamarada cruel.

—He oído decir que lee Ud. mucho, mucho, ¿verdad?

—Sí, es uno de mis placeres favoritos.

—Que es Ud. una sentimental en el más alto y noble sentido de la palabra...

—No lo sé... ¿pero quién pudo decirle a Ud. tanto? Yo frecuento muy poco la sociedad.

—Todo se sabe, sin embargo, cuando uno se interesa por saber. Y Ud. tan soñadora, ¿no le gustaría viajar, conocer Europa?

—¡Viajar! ¡Es mi anhelo más ardiente!

—Su país es uno de los más bellos del mundo, pero en Europa hay también maravillas!

—¡Ya lo sé! Sobre todo en Francia, que para mí es el ideal, la Tierra Prometida.

—Yo marchó a España dentro de tres días, me detendré ahí un tiempo escaso, y en seguida haré un recorrido por Europa, deteniéndome mucho, mucho tiempo en el país de sus sueños.

—¡Lo envidio a Ud!

Un criado japonés, vestido a la usanza del país, anuncia a la señora que el thé está servido.

Mit-sú dice a su visitante:

—Tenga Ud. la bondad de seguir al criado que le proporcionará un kimono para que la ilusión sea completa.

Sorprendido y encantado obedeció el vizconde, mientras Mit-sú, tras una ligera reverencia se dirige a esperarlo en el salón japonés.

*
* *
*

—Amargo ¿verdad? Nuestro thé es muy diferente al que acostumbran a beber Uds.

—¡Delicioso! ¡exquisito!— asegura el vizconde cuya varonil belleza realza el lujosísimo kimono azul pálido que le vistiera el criado.

Sentados ambos frente a frente en sendos cojines de raso, sorben el thé en las tacitas de inimitable porcelana.

—¡Qué delicia pasar la vida así, junto a Ud., Mit-su; para siempre alejados del bullicio del mundo, eternamente juntos en este retiro delicioso!

Mit-sú sin responder, apuró el último sorbo de su taza de thé. El vizconde se apresura a aliviarla del ligero peso y coloca ambas tazas en una preciosa mesita estilo árabe. En seguida aproxima un poco más su cojín al de Mit-sú, cuyos ojos dulcemente oblicuos se han quedado pensativos. Clava sus doradas pupilas en las de la japonesa que en aquellos momentos miran sin ver,

y cogiendo casi con violencia una de las manos largas y menudas, exclama de pronto:

—¡Vámonos juntos, Mit-sú!

La adorable Butterfly tiene un estremecimiento, y fijando sus ojos en las pupilas llameantes del de Ozuna, exclamó con apagada voz, y como para sí misma:

—¡André Thomas!

—¿Qué dices? ¿quién es André Thomas?

—*L'homme des yeux d'or...* ninguna mujer ni aun la más insensible y altiva pudo resistírsele nunca...

El de Ozuna acercándose más, rodea con su brazo el talle fino de la japonesa.

—¿Vendrás?... ¿vendrás?

Y Mit-sú, fascinada por esas pupilas que lanzan relámpagos extraños, responde débilmente:

—Sí, iré.

El vizconde cogiendo entre sus manos la cabeza adorable, sella sus labios con un largo beso...

*
* *

La sirena del gran transatlántico vibra con penetrante y agudo gemido. Las pesadas cadenas producen al levantar el ancla un rumor sordo y la hélice empieza a girar vertiginosamente.

En la proa, apoyadas en la barandilla, conversan dos personas en traje de viaje.

—Partimos, Mit-sú. ¡Dime que estás contenta!

Conocerás mi patria, e iremos en seguida a Francia, y recorreremos el mundo entero en una ideal y eterna luna de miel!

—Sí, soy dichosa; te lo juro; soy muy dichosa!

—¿Pero qué tienes en las manos, muñeca mía?

—Mira, es lo único que he traído conmigo...

Y muestra al vizconde un libro pequeño que lleva en la cubierta el título con letras doradas: *L'homme des yeux d'or*.

En los labios del vizconde erró una sonrisa burlona que Mit-sú no pudo ver.

—¡Por fin partimos!... ¡mira!

El enorme transatlántico se había puesto en movimiento y cortaba las aguas balanceándose suavemente. Mit-sú apoyada de codos en la barandilla, mira alejarse las costas de su país natal.

Una emoción imprecisa le oprime el pecho. El gran monstruo de hierro cobra cada vez más rapidez y las casas de Tokio se hacen borrosas a la simple vista.

Por primera vez la acongoja la duda y alzando sus negros ojos pregunta con inquieto azoramiento:

—¿Me quieres de verdad? Di ¿me quieres?

—Sí, musmé; te adoro, te adoro con locura!

La japonesita, aliviada, suspira y sonríe.

—Sí, te creo; tienes los ojos de oro de André Thomas, pero no su alma negra...

Y como para infiltrarse confianza, una confianza que amenaza faltarle, sigue repitiendo, mientras el vizconde cubre de besos su cabellera sedosa:

—¡Te creo... te creo... te creo!...

*
* *
*

El transatlántico guiado por la brújula ha seguido días y noches el camino del mar que no tiene huella... Largos días y largas noches que son para el amor breves instantes.

—¡Cadiz! ¡Llegamos Mit-sú! ¿no estabas fatigada de tanto cielo y tanto mar?

—No; quisiera seguir entre el cielo y el mar eternamente.

—¡Romántica!

—Me inspira la tierra un miedo que no sé definir. El mar se me ocurre más bondadoso, y creo haberme encariñado con este gran monstruo de hierro... ¿por qué no seguimos viaje a Francia?

—A Francia ¿quieres ir a Francia?

—¡Pues, iremos allá!

Al decir esto, los ojos del vizconde tuvieron un resplandor satánico.

—¡Oh! ¡qué alegría! ¿pero es verdad?

—¡Vaya si lo es! Desembarcaré para telegrafiar a mi familia, y antes de dos horas estoy de vuelta.

—Ya no es tiempo. El vapor no tarda en zarpar.

—He leído en la pizarrilla que no saldrá hasta media noche. Ya ves que el tiempo sobra...

—Sí, pero prefiero que me lleves contigo.

—No es posible; tardaríamos mucho más. Un hombre solo se desenvuelve fácilmente.

Mit-sú no se atrevió a insistir.

—Bien; vé y no tardes.

—Sí, alma mía. Hasta luego.

—Hasta luego, Fernando.

*
* *

Han pasado tres horas, y el vizconde no regresa. La japonesa devorada por una inquietud que trata de vencer en vano, permanece tendida en una silla de tijera sobre la lisa y amplia cubierta. Allí se sienta dispuesta a no cambiar de sitio hasta la vuelta del vizconde. «¿Por qué tardará tanto?»—se pregunta angustiada. Y luego se responde a sí misma: «Una eventualidad cualquiera... ¡qué necia soy!»

La noche ha caído completamente. Una noche negra sin luna y sin estrellas. A lo lejos, el puerto enciende sus millares de luces y desde el mar el aspecto es fantástico. Diseminadas acá y allá, las masas negras de los barcos cuyos contornos se adivinan confusamente, tan confusamente, que las luces de cada cual, semejan llamaradas sueltas sostenidas en el aire por un extraño prodigio.

Mit-sú no ha cambiado de lugar. Ni siquiera se ha movido. El corazón late en su pecho como un pájaro azorado, y una angustia sorda le oprime la garganta como una mano brutal.

De pronto, se siente el ruido peculiar de las cadenas al levantar el ancla, y la sirena lanza su penetrante grito. Mit-sú se pone en pie palideciendo.

Pasa un marinero y lo detiene con un gesto.

—Oiga Ud. ¿por qué grita la sirena?

Y en la sencilla pregunta hay una angustia tan viva, que el marinero la mira sorprendido.

—No se asuste Ud., señorita. Es que partimos.

—¿Qué dice Ud? Partimos! Pero el vizconde no ha llegado aún! ¿dónde está el capitán?

Sin preocuparse más de su interlocutor, Mit-sú corre a su camarote, y mientras baja anhelante la escalera que conduce a él, murmura entre dientes:

—Quizás llegó ya y por asustarme no me ha avisado... Quizás...

Empuja la puerta... Nada. Mira a su alrededor y lanza un grito ahogado.

—¿Y las maletas? ¿Quién ha sacado las maletas de aquí?

Oprime el timbre una, dos, diez veces, mientras con la otra mano trata de contener los latidos violentos de su corazón.

Acude el camarero:

—¿Quién ha hecho sacar las maletas de aquí?

—Las he sacado yo, señora. El señor vizconde de Ozuna me lo ordenó así. Entiendo que se ha quedado en Cádiz...

—¡No puede ser! ¡no puede ser! ¿Dónde está el capitán?

Y empujando al criado que la contempla aturdido, le grita con voz ronca:

—¡Lléveme Ud. donde el capitán!

Y ante las miradas de asombro de los pasajeros que aun permanecen sobre cubierta, sosteniendo a duras penas el equilibrio en su carrera sobre el suelo inestable, llegan hasta la cámara del capitán.

La japonesita empuja la puerta sin llamar y con un tono de voz trágico y quebrado, pregunta sin saludarlo:

—¿Dónde está el vizconde de Ozuna?

El viejo marino la mira con sorpresa.

—¿El vizconde de Ozuna? ¡Desembarcó en Cádiz! Pero aguárdese Ud. Me encargó que pusiera esto en sus manos.

Y así diciendo, abre un cajoncillo y extrae de él un abultado sobre.

—¿No es Ud. la señora Mit-sú?

Incapaz de responder, afirma con un movimiento de cabeza,

a la vez que con mano temblorosa recibe el sobre que se apresura a abrir.

El capitán sospecha el drama y su semblante expresa una honda piedad. Y era tal el temblor de los dedos de la pobrecilla que no acierta a rasgar el cierro.

En tanto, a una señal del marino, el camarero se había marchado.

—¿Qué significa esto? ¡Dinero! Un papel... Leyó: «Me quedo en Cadiz, Mit-sú. Tengo los ojos de oro y el alma negra, exactamente como *André Thomas*. Erraste al suponer lo contrario. Te dejo ese dinero para que vuelvas a tu país o sigas viaje a Francia; en fin, como tú prefieras. La vida es fea y ruin, mi dulce y pequeña musmé de porcelana». No tiene firma.

Mit-sú permanece muy pálida, invadida por una repentina y profunda serenidad. Algo así como si hubieran anestesiado sus nervios.

El anciano marino habría preferido verla llorar, porque esa inmutabilidad absoluta le parece más trágica que el llanto. Afectuosamente, le coge una mano.

—¡Un canalla! ¡un miserable! ¡consuélese Ud., señora! Desembarcará donde guste y cuando guste. Yo tengo amigos en todas partes, buenos amigos que la ayudarán a volver a su país, si así lo desea... ¿No tiene Ud. fe en Dios? Él no nos abandona en los trances difíciles... ¡Vaya, hable Ud. algo! Le aseguro, se lo juro a Ud. que le prestaré mi más decidido apoyo!...

Mit-sú sigue silenciosa como si no escuchara.

—Apóyese Ud. en mi brazo. La conduciré a su cámara.

Obedeció dócilmente la japonesita, mientras el capitán, inquieto por su mutismo, la mira de soslayo.

Prosiguió:

—La vida tiene sorpresas crueles, pero no hay que desesperar. Recuerde Ud. el viejo aforismo: «no hay mal que dure cien años» o aquel otro «todo tiene remedio, menos la muerte». Pero hemos llegado. La dejo a Ud. Mañana volveré a hacerle compañía un momento y a saber cómo ha pasado Ud. la noche... ¡Hasta mañana!

Sola ya en su cámara, la japonesita se deja caer en el diván.

Sus dedos crispados siguen apretando con fuerza el libro de Derould. Permanece inmóvil una, dos, tres horas. Los pasajeros se han recogido ya, y sólo se escucha el rugido sordo y continuo de las olas que se estrellan contra los flancos de hierro.

Sin soltar el libro, Mit-sú se lleva una mano al pecho... Se ahoga... Falta aire en la cámara estrecha. Se pone en pie y coge un abrigo «qué angustia, voy a respirar un poco de aire fresco»...

Abre la puerta tratando de no hacer ruido. Afuera, una ráfaga helada la hace estremecer. Se encoge más dentro de su abrigo amplio y empieza a andar sobre cubierta apoyándose en las paredes para no caer.

El mar está muy agitado y el vapor enorme se mece como un barquichuelo. Sigue andando hasta llegar a proa y se apoya en la borda. El mascarón, una hermosísima mujer de trajes flotantes, parece arrastrar el barco con la fuerza de unas olas invisibles.

Mit-sú contempla el cielo... ¡ni una estrella! y el mar... que trágica negrura!

Castañeteando los dientes, balbucea como si la escucharan:

«La vida es traidora, embustera, vill! Si tuviera valor para arrojarme allí, en el abismo negro. Pero que fría debe de estar el agua ¡qué fría!... Y los monstruos marinos me devorarían tal vez... ¡horror!...»

Se inclina más aun y cae al mar el libro de Derould. Flotó un instante, y luego se hunde en la profundidad sin fondo. Mit-sú lo mira desaparecer con una sonrisa amarga: «Los ojos de oro y el alma negra como André Tomás».

Con la mitad del cuerpo hacia el mar, los brazos laxos y colgantes, doblada en dos sobre la barandilla, la dulce Mit-sú, parece una muñeca rota.

*
* *

Así la encontraron al día siguiente. Una fiebre violentísima hizo presa de su cuerpo, y el médico dice que morirá sin reme-

dio «una emoción terrible, ataque al cerebro; esperemos en Dios! De la ciencia no hay más que aguardar».

El anciano capitán, a quién la desgracia de la japonesita abandonada conmueve hasta en el fondo del alma, no se mueve del lado de la enferma.

La fiebre sube y sube y no hay medio humano de hacerla descender.

Mit-sú, presa de horribles delirios, habla confusamente de Chopín, de Derould y del hombre de los ojos de oro. El viejo marino sostiene con todas sus fuerzas las manitos menudas que intentan desgarrarse el rostro, y mientras las lágrimas que no se cuida de enjugar, resbalan por sus curtidas mejillas, murmura entre dientes con una cólera sorda: «¡el canalla! ¡el miserable!... Pobre japonesita!»

MARÍA MONVEL.

EMBLEMA (1)

A la señora Isabel Montt de Varas.

Navega sin temor! Hado benigno
al partir invocarás:
Te hicistes a la mar bajo buen signo:
Montt enlazado a Varas!

Vendrán horas de prueba,
no te importe, levanta el corazón;
los dos nombres que llevas son tu norte,
son emblema de unión.

En la patria lejana ellos han sido
un lazo entre sus hombres
y hoy cual arco de paz cubren tu nido
juntos esos dos nombres.

ISIDORO ERRÁZURIZ.

Roma, Febrero, 1888.

(1) Debido a la bondad del señor Don Antonio Varas tenemos el agrado de ofrecer a nuestros lectores esta poesía inédita del más grande de los oradores chilenos.

POEMAS HUMANOS

Quiero sólo en tus labios la fruta de los besos

¿Por qué te amaré así de un modo tan humano?
No te sueño una virgen de cera y temblorosa.
No te sueño imposible. Ni un capullo de rosa.
Ni una azucena pálida. No tendrás una mano
para regar de flores mis sendas espirituales.
Pospongo entre tus gustos, a la luna y al sol...
Y si tocas y cantas, los sentidos normales
tendrás' para que un día no desdeñes tu rol
de mujer de la casa, toda miel y cariño.
¡Sé clara, pura, ingenua, sana: raso y bondad!
Quiero sólo en tus labios la fruta de los besos.
¡No olvides las palabras de infantil picardía,
cuando muerda tus labios y sean poesía
vívida mis ensueños, y una nuestra heredad.

JUGUETES

Todos somos juguetes, juguetes de cartón
y con lo mismo ríe y llora el corazón.
¿Afirmamos? Muy luego vendrá la negación.
¿Callamos? Y de pronto, estalla la canción.
Vemos la senda última. No es esa la final.

Miramos todo negro y es de plata el raudal.
Suenan una carcajada, y su limpio metal
se apaga... Sólo queda silencio y funeral.
Anda el reloj... Nos vamos... Y no damos un paso.
Sufrimos por quedarnos, y no importa el atraso.
El beso que una boca nos brinda como ofrenda,
sólo nos lo ha vendido como cosa de tienda.
Negamos el ensueño y sin saber por qué,
suspiramos, pensamos..., tal vez tenemos fe.

RAFAEL CORONEL G.
(Ecuatoriano).

NAVIDAD

(Comedia en un acto y prosa, original de Acevedo Hernández)

Personajes:

LA MADRE
EL PADRE
LA NENA
RENÉ
MAGDA

RAÚL
JULITA
JUANITO
EL BEBÉ
LA MUCHEDUMBRE

La acción en un hogar feliz la noche del 24 de Diciembre de cualquier año, a la hora en que en el pesebre luminoso de Bèthelem nace el Dios-Niño. ...Que Dios para igualarse a los hombres surgió niño a este mundo.

ACTO ÚNICO

Hall en casa de la *familia feliz*. En el centro de la sala el árbol de Pascua, cubierto con un paño oscuro. Al foro puerta grande que da a la calle. La mampara está cerrada. Hay una ventana que también da a la calle. A la izquierda, puerta con colgaduras, da a las habitaciones de los niños que esperan dormidos la media noche. Faltan pocos minutos.

ESCENA PRIMERA

El padre y la madre aparecen contemplando el árbol de Pascua.

El padre.—Por fin este año les daremos esta agradable sorpresa.

La madre.—El árbol de Pascua tradicional (Pequeña pausa inspiradora). Cómo me evoca leyendas. Me parece que el campo está cubierto de nieve, que nuestra casita es un castillo donde reina la felicidad. Me parece que veo avanzar centelleantes los ojos en la obscuridad, colgantes las rojas lenguas, a los lobos erizados...

El padre.—(Sonriendo) Eres una soñadora.

La madre.—(Prosigue) Se me ocurre que por el sendero, hundidos los pies en la nieve, ateridos los cuerpos semidesnudos, apoyados en los viejos bordones simbólicos, siguen su marcha los peregrinos, sin sospechar que se encontrarán con los erizados lobos... Veo la lucha terrible e imposible del hombre con la fiera; los cuerpos que desfallecen, la sangre que cae como floración de vida sobre la sábana blanca... La muerte... la muerte ruda...

El padre.—No pienses esas cosas...

La madre.—O acaso son los niños perdidos. ¡Ah! veo también la visión óptima...

El padre.—Habla.

La madre.—Los labios dulces de una abuela de blanca cabellera, que habla con voz de poema de evocación, de una abuela buena que sabe de las cosas que fueron...

¡Que bello es esto! que bella es la evocación! Sintámonos niños y dancemos al rededor del árbol de Pascua. Ria-mos y cantemos...

El padre.—Ya me siento niño. Gozo, como gozarán nuestros hijos. Me parece sentir el concierto de las campanas; la animación del Pesebre. Hoy ha descendido Dios sobre los niños.

La madre.—(Recitando con patética entonación de ensueño y de fe).

Estrellita de Belén,
alumbra nuestro camino;
ya quiere salir el sol
estrellita de Belén,
ya quiere salir el sol
y no he visto al Niño-Dios.

Es un niño luminoso,
blanco, como alma de flor;
dicen que es el Salvador
y que es misericordioso;
diz que su pupila es luz
y que se llama Jesús...

Siento que surge en mi afán
un deseo de cantar,
un deseo de llorar,
un deseo de implorar,
de rogar como los ángeles
«Hosanna, Dios, Dios de amor,
yo adoro a mi Salvador.»

El padre.—Cómo florece en tus labios nuestra bendita tradición de amor... Cómo vibra en tus labios ese infantil afán que nos obliga a mirar más allá del mezquino espacio que alcanza nuestra pupila.

La madre.—Siento que estoy llena de música, yo misma soy una vibración de amor. (Pausa). Todos nuestros hijos sanos en el hogar. Todo amor en el hogar... todo amor, todo... (Lo abraza). Soy feliz...

El padre.—¡Somos felices! (ruido en la calle), cómo pasa la gente por la calle... y todo parece feliz, (hablan próximos a la ventana). Mira el cielo, está diáfano... Como titilan los astros.

La madre.—Mira allá, allá cerca de Orión esa estrella plácida como pupila de niño, esa estrella que está en lo más claro del cielo, esa estrella luminosa como una alegría, es mi estrella... mi estrella!

El padre.—Si todos tuviéramos una estrella, la mía ¿cuál sería?

La madre.—¿La tuya? Pues esa... Esa estrella plácida y luminosa: la mía!

El padre.—Gracias. (Pausa). Hoy la ciudad no duerme. En el alcázar regio y en la choza plebeya esperan. Y la ilusión de Dios innunda de sonrisas a la humanidad, los hombres se acercan, y creen a la sombra luminosa de un tabernáculo donde oficia un sacerdote que parece un santo... Esperan que cante el gallo. Escucha. (Cantan en la calle una ronda al sonido de una guitarra).

Niño de Dios bendito,
ven a las almas
de nuestros angelitos.
Ven a las almas
de los hombres del mundo
que destruyen lo tuyo,
Jesús bendito.

La madre.—Cuando yo era niña los nacimientos eran glosados con villancicos populares. (Canta)

Señora doña María,
vengo de la Rinconada,
le traigo un carnero gordo
de l'asta caracoliada.

Señora doña María,
ruéguele usted a su niño
que con sus manos bendiga
a nuestros hijos queridos.

Señora doña María
yo vengo de la Galicia,
al Niño de Dios le traigo
lienzo para una camisa.

El padre.—Martínez Sierra ha escrito hermosos villancicos. Yo sé aquel que dice:

Dulce Jesús que estás dormido,
por el santo pecho que te ha amamantado
te pido
que este hijo mío no sea soldado.

Me lo llevarán
y era mi alegría,
me lo matarán
y era carne mía.
Dirá:—¡Madre mía!
Y yo no sabré
la hora ni el día...

Dulce Jesús que estás dormido,
por el santo pecho que te ha amamantado
te pido
que este hijo mío no sea soldado.

Así creo que es, no me acuerdo bien.

La madre.—Pero es hermoso... (Pausa) Y pensar que los hijos que criamos como a un sentimiento de amor puro, serán un día carne de cañón, motivos de befa... Sufrirán... llorarán... aprenderán a despreciar. ¡Dios mío! que mueran si han de ser desgraciados, si han de ser malos!... Dios mío, perdona estos deseos de una madre que ama demasiado... Por tus siete dolores, Madre de los buenos y de los malos, que sean felices.

El padre.—Amén.

Silencio en la sala. Continúan los rumores en la calle. Alegría. Los borrachos alzan sus voces báquicas. Todo es animación. Se acerca la hora del divino aniversario, de la primera renovación del mundo, por el amor y por la fe... Y hasta los fariseos de hoy, quieren recibir a Dios en sus hogares. (Ellos lo engañarán. Saben mentir sinceridad). El llanto de un niño interrumpe el silencio de la sala. El silencio triste de esa madre que teme a lo desconocido. El árbol de Pascua

parece un fantasma embozado. Vánse los dos por la izquierda y aparecen de nuevo, trayendo la madre al Bebé en brazos.

ESCENA SEGUNDA

Los mismos y el Bebé

La madre.—¿Por qué lloraba mi tesorito, por qué?... Parecía que lo querían matar... ¿Por qué tanta pena? ¿Tendrán garras las tinieblas? No tema mi hijito... ¿no sabe que su mamá lo quiere tanto?

El padre.—Los niños temen a la sombra. (Se acerca y lo acaricia)

La madre.—Otras veces cuando despierta no llora, sonrío. ¿Qué pensarán los niños?

El padre.—No piensan...

La madre.—Sí, piensan... Son videntes, ven a Dios... ven a Dios... Ven la bondad...

El padre.—Ellos son la bondad... (al niño) Amigo, usted no tenía derecho a despertar antes de la media noche.

La madre.—(Ensoñando) Creo que es él...

El padre.—¿Quién?

La madre.—El niño de Belén. Me voy a asomar a ver si reconozco la estrella. (Se asoman)

ESCENA TERCERA

Sale sigilosamente y a medio vestir Magda, llamada la mamacita por su seriedad.

Magda.—Mamacita...

La madre.—Pícara... a acostarte. ¿Qué no te prohibí que te levantas antes que te llamáramos?

Magda.—Pero, mamacita, si estaba soñando.

El padre.—¿Qué soñaba? (la alza del suelo).

Magda.—Estaba soñando que venía por un camino blanco..... blanco, con hartas palmeras y flores. Venía conmigo mucha gente, vestida como esa que hay en la historia con

monos, con turbantes blancos o rojos y con túnicas; todos venían montados en caballos o en camellos con dos jorbas... Y todos íbamos en Dirección a Belén... Por el cielo bien clarito marchaba la estrella.... Sentíamos muchos cantos bien melodiosos. Cuando llegamos, la estrella se quedó en la parte de arriba de la puerta. Entramos y...

El padre.—Qué...

Magda.—Vimos al niño que era el Bebé... ¡Hermanito! le grité abrazándolo... La Virgen estaba con su manto azul, la miré y... eras tú, mamacita! (la abraza)

El padre.—¿Y yo?

Magda.—Un rey mago... el más rico...

El padre.—Tonta... (La acaricia)

Magda.—Y que feliz estaba mi hermano... Niño Dios, niñito... (lo habla y lo acaricia) Rico, tesorito querido, tú eres el niño de Dios, ¿lo ves? y yo tu hermana... Llévame al cielo, dame la felicidad. (Lo pasea en brazos)

ESCENA CUARTA

Aparecen *La Nena*, *René* y *Raúl* más pequeños que *Magda*. *La Nena* es la más chiquita.

Raúl.—¿Qué haces aquí, *Magda*? ya, a acostarse! Ella es la primera que llega... Quiere comerse todos los regalos del niño de Dios... (Da este niño tono de autoridad a sus palabras)

Magda.—Yo no me quiero comer nada, mal intencionado...

René.—Quiero que el niño me traiga un casco romano, un gran caballo y una espada florentina...¿florentina, papá?

El padre.—Sí.

La Nena.—¿Cómo yo?

René.—Esta tonta se llama como las espadas... Florentina... (Ríe).

Todos.—Florentina... la espada...

La Nena.—No ve mamacita, (llora) ¿cómo se ríen de mí?

Magda.—Que nadie se ría por que yo le pegol!

René.—(Que tiene instintos guerreros) Pégame a mí que soy general!

La Nena.—General de lata...

René.—Cuidado, Florentina...

Florentina.—(La nena) ¿Me quieres pegar? Flojo que saliste pun en la escuela... Chanco colúo... colúo.

René.—Yo te pego... ¿No ve, mamá?

Raúl.—Ese palomilla de Juan se llevó los premios.

La Nena.—Yo lo quiero a Juan porque es aplicado porque te gana y porque te pega.. Yo lo quiero.

Raúl.—Tonto cochino .. no tienes ni zapatos... y anda con los pantalones y las medias rotas... La tonta lo quiere...

La Nena.—Porque me ha enseñado la lección, me ha llevado en brazos y me quiere... ¿No es cierto mamá que yo no debo odiarlo?

Magda.—No; es preciso querer y socorrer a los niños pobres.

La nena.—Yo le voy a regalar la mitad de lo que me envíe el Niño.

René.—La tonta ordinaria.

La nena.—¿No vé, mamá, cómo me reta?..... Tonto flojo..... aaaha... (sacándole la lengua y haciéndole una fea figura con las manos).

René.—A mí no me haga así, porque yo le pego... (La niña repite.—René corre a pegarle—se refugia ella al lado del padre).

El padre.—¡Ya, basta! nadie te ha autorizado a ti, para golpear a tu hermanita.

René.—Pero si ella me reta...

El padre.—Ella tiene razón... Sabe que no debe odiar y ama...

Raúl.—Lo viera al roto, papá...

Magda.—Por eso debe amarlo.

La madre.—Sí, hijos; así lo dice una ley de amor; además, todos somos iguales. Ustedes son más felices porque tienen sus padres, pero ¡cuántos niños no tendrán qué comer hoy, el único día de los niños! ¡Cuántos sentirán los horribles dolores de la soledad dentro del alma!... Hay que quererse, hijos míos; todos estamos expuestos a la ruina de la vida... Seamos buenos si queremos que los demás lo sean.

La nena.—Yo le di una muñeca a la Aidita, que no tenía.

Raúl.—Yo, una escopeta a Luis, que será general como yo.

La madre.—¿Y tú, René?...

Magda.—Este ha quitado a los demás sus juguetes...

La nena.—Le quería quitar sus premios a Juanito.

(El delincuente, inclinada la cabeza, mira ferozmente a sus acusadores).

El padre.—¿Verdad, René, que no serás más así con tus compañeros?...

René.—No, papa... Pero a ustedes, acusetes, les voy a sacar la lengua...

La mamá.—Usted no le va a pegar, porque yo lo castigo. Y... ahora sólo me vengo a dar cuenta de que están aquí desnudos; ya, vayan a vestirse; si no lo hacen, el Niño no les hará regalos.

(Vanse los niños).

Raúl.—Los regalos del Niño... comprados en el *Bazar Alemán*...

La mamá.—Pícaro...

El padre.—La evolución, hija; los niños del siglo XX ya no creen en esas cosas que aun nos hacen vibrar a nosotros... (Pausa.—Rasgan los aires los múltiples ruidos de la Noche Buena.—Voces y canciones.—La muchedumbre rebulle haciendo del aire un aparato vibratorio.—Las campanas cantan con su metálica voz como llamando a la más hermosa de las bodas.—Los niños recorren las calles en ruidosa procesión, ejecutando el más desconcertador concierto, donde se mezclan a los roncros ruidos del cornetín, el sonido estridente del pito o la voz de las chicharras, tambores o matracas.—Parece que hasta las piedras de la calle tienen voces—parece que la vida multiforme despierta de su sueño de siglos y resurge en los labios rojos de los niños de hoy, los ancianos de mañana, cumplida su renovación)...

El padre.—Descubramos el árbol...

(Lo descubren.—Está cargado de frutos dorados y dulces, de juguetes de todas clases: tamboriles y panderetas; espadas y escopetas; muñecas, pierrots, colombinas eternas, ovejas de albos vellones, chivos barbudos, crinados corceles; libros con hermosas imágenes, etc.—¡Oh, si hubiera árboles así en todos los jardines, qué felices serían los niños!)

La madre.—(Trémula de júbilo).—Serán felices...

El padre.—Lo son: tienen a sus *padres*.

ESCENA QUINTA

Aparecen los niños

En medio de una terrible algazara, acércanse a cosechar los frutos del maravilloso árbol. Pero ya no se acuerdan que es un obsequio del niño de Belén.

Raúl.—Yo quiero todos los sables, las pistolas, los caballos, los pitos. Armaré mi brigada.

René.—Él no más quiere. Para mí todo lo demás... (Cubriendo el árbol).

La Nena.—Las muñecas para mí... No ve, mamá, como se lo quieren llevar todo.

Magda.—Yo les repartiré. Para ti, René, este tambor, esta flauta, esta oveja...

La Nena.—La oveja para mí...

Magda.—Hay varias: una para cada uno...

René.—¡Yo las quiero todas! (Gritando, arrebatando la oveja de *la Nena* destrozándola).

Magda.—Niño malo: ahora, cómete los pedazos. (Se los arroja a la cara).

René.—¡Magda! (Blandiendo un palo).

Raúl.—Pégale, quedémonos con todo...

Magda.—Pégame tú... (Lo desafía. Expectación).

(René mira a su papá y no se atreve a acometer).

Magda.—Toda la fruta para ti, Nena; se la darás a Juanito.

Raúl.—¿Nosotros no vamos a comer frutas?

Magda.—Tienen de mas; ellos no tienen.

Raúl.—¿Quiénes?

Magda.—Juan y sus amigos...

Raúl.—Y para que son pobres... la lesera iba a ser pobre yo...

René.—(A Magda). No le des la fruta...

Magda.—Se la doy... ¡Qué caballero!... (Dándosela).

La Nena.—Que contento se pondrá.

Raúl y René.—¡Tomal ¡Dáselo!

(Derriban la fruta la que rueda o se deshace en el pavimento... Las niñas luchan con sus hermanos y rompen el árbol, los preciosos juguetes ruedan por la estancia).

Raúl.—¡No serán para nadie!

(Toma juguetes y se encamina a la puerta para botarlos. Al abrir aparece *Juanito* trayendo del brazo a *Julita*).

ESCENA SEXTA

Dichos y Juanito y Julita

El padre.—Basta, malos niños, todos aquí...

(A la voz imperiosa del padre todos se quietan. Juan y su hermanita, cortados, en la puerta no se atreven a salir ni a entrar).

La madre.—¿Quiénes son esos niños?

La Nena.—Juanito, mamá.

La madre.—Pasen, amiguitos, pasen...

(Los niños se adelantan tímidamente).

La nena.—El es muy bueno, papá. (Lo toma de la mano).

Magda.—¿Esta niña es su hermanita?

Juan.—Sí...

(Magda les ofrece frutas que ellos comen como temerosos).

El padre.—¿He sabido que Ud., amigo, se saca todos los premios?

Juan.— Sí, señor...

El padre.—¿Y de que medios se vale?

Juan.—De estudiar. Estudio y trabajo, porque mi mamita es sola y nosotros somos dos... Yo sé hacer de comer...

El padre.—¿Quieres a mis hijos?

Juanito.—Sí; a pesar de que ellos me quieren pegar. Pero no son capaces para mí. ¿No ve? Yo levanto a René en un brazo. (Lo hace). Pero yo no les pego a los más débiles. Además, ellos se enojan porque se las gano... (Sonríe). Vamos, Julita?

Julita.—Vamos...

(Medio mutis).

El padre.—Espérense... ¿Dónde van?

Juanito.—A andar; mi hermanita quiere ver las luces; nuestra casa es tan oscura... Y... queremos alegrarnos...

El padre.—¿No tenéis dinero?

Juan.—Sí, un diez... mi mamá nos dió.

El padre.—¿Queréis más?

Juanito.—No tiene mi mamá y no quiere que recibamos... Nos vamos...

La madre.—Antes recibirán algunos regalos... Raúl no quiere juguetes. Los de Raúl serán para Juanito y también las frutas.

La nena.—Esta muñeca para ti, Julita.

Julia.—(La recibe). Gracias.

Raúl.—(Tímidamente). Yo quiero un caballo...

René.—No... lo botas tú...

Magda.—Toma (dándolo).

(Raúl no se atreve a formar cuestiones delante de extraños; pero demuestra estar enfadado, el Padre sonrío y la *Madre* reparte los juguetes).

Juanito.—Mi mamá no quería que viniéramos a pasear; pero yo creía que andaríamos con buena suerte; yo sé que a los niños buenos, los favorece la suerte... (Pausa) Sus hijos, señor, no quieren ser amigos míos, me tratan mal. A veces me da mucha pena, y otras, deseos de pegarles... y muchas veces deseos de abrazarlos.

El padre.—Porque pelean con Juanito...

Los niños.—Sí lo queremos, papá... es que...

El padre.—¡Abrázenlo!

(Lo hacen. Alegría y ternura).

Magda.—(Abrazando en compañía de la Nena a Julita). Nosotras te queremos mucho... También nos quiere el niño Dios...

La madre.—Y en la noche de Navidad los niños de todos los países deben darse un abrazo inmortal.

Magda.—Todos tenemos juguetes. ¿Y el nene?

La madre.—¡Tiene el alma de todos!

Lo besa, los niños lo rodean y cae el

TELÓN

CUESTIONES INTERNACIONALES

I.—La misión Bunsen

Al simple anuncio de que vendría a Sud América, en Embajada Especial, persona de tan elevada categoría como Sir Maurice de Bunsen, los espíritus alertas,—periodistas, políticos, diplomáticos,—aguzaron su perspicacia. Las miradas interrogativas se cruzaban como lampos de las intuiciones y las sospechas. ¿A qué vendrá? ¿Será una paloma mensajera de paz, o será, como dicen los germanófilos, un azor de la misma familia de los que:

Chaque soir, espérant des lendemains épiques,
L'azur phosphorescent de la mer des Tropiques
Enchantait leur sommeil d'un mirage doré?

No era paloma ni era azor; era un enviado de las Islas Gloriosas; un portador de saludos reales, a cuya llegada los países sudamericanos abrieron de par en par las puertas de sus Casas de Gobierno.

El Brasil, grande y noble nación, hizo a la Embajada Bunsen un recibimiento magnífico y discreto; la festejó con solemnidad respetuosa, y aprovechó la oportunidad para evidenciar sus riquezas públicas, el desarrollo de su población y la claridad de sus miras internacionales. No hubo incidencias perturbadoras de las manifestaciones oficiales. El pueblo y las grandes personalidades de la política y de la sociedad estuvieron unánimes en sus demostraciones de simpatía a los emisarios egrejos.

No sucedió lo mismo en Buenos Aires. En el primer momento, debido a razones que se esquivan nada más que lo necesario para que no se las vea, pero se las sospeché, hubo un incidente que pudo tener consecuencias apreciables: la cautelosa huida del Sr. Irigoyen. ¿Temió el dignísimo político las inevitables declaraciones que le arrancarían las circunstancias, o deseó simplemente dejar en libertad al Vicepresidente, Sr. Pelajio Luna, para que recibiese a Mr. de Bunsen y declarase cuanto quisiese y prometiera cuanto deseara? Felizmente para la cordialidad de la recepción, todo se arregló en forma irreprochable y la Embajada Británica pudo cercionarse de la sinceridad de los halagos de que fué objeto, de la casi delirante simpatía del pueblo argentino por la causa de los aliados y de la firmeza de criterio que guía la acción exterior de ese país rico y poderoso. Las promesas hechas fueron magnas y serán, si no lo han sido, cumplidas con longanimidad... pues, están de acuerdo con los intereses de la nación. A pesar de la obligada reserva, esas promesas son conocidas, pero como no nos conciernen, no las mencionaremos ni comentaremos. Aplaudimos sí a ese Gobierno y a su Ministro de Relaciones Exteriores por su actitud hábil y franca.

Cumplida su misión allí, Sir Maurice de Bunsen pasó a Chile, y, a pesar de cuanto le dijeron en Río y Buenos Aires, pasó sin temor. Los hechos confirmaron su confianza. La recepción que se le hizo aquí resultó lo más entusiasta que nos permite nuestra—¿cómo llamaremos nuestra apatía?—nuestra sobriedad. Posesionados hasta el límite extremo de nuestro papel de neutrales,—más oficial y teóricamente que en el hecho, puesto que no hemos protestado de algunas imposiciones de origen aliado,—celebramos a Mr. de Bunsen con los únicos medios que conocemos: discursos y banquetes. En ellos se representó a la Embajada el agradecimiento del país por cuanto debe, desde sus orígenes, a Gran Bretaña. Mr. de Bunsen, velando la inquietud de su espíritu atento a lo que pudiera asomar de germanofilismo, escuchó y apreció cuanto se dijo; pero los discursos, o sea lo que aquí se entiende por tales: una sucesión cualquiera de ideas,—no salieron de lo prudente, no aludieron a nada

medroso, ni a la neutralidad, ni a nuestras diferencias internacionales. Tanto en ellos como en las conversaciones particulares sólo se habló del mejoramiento de las relaciones comerciales de Chile con Inglaterra, del salitre, de la mejor manera de pagar las grandes adquisiciones propuestas, etc. Todo fué como debía ser, afectuoso y cordial, puesto que el Gobierno inglés nos ha tratado, en forma que lo enaltece y nos honra, aun en los casos en que pudo proceder de otro modo, como en lo referente a los acorazados.

Y aquí es justo anotar que la compensación moral, más que material, que Inglaterra nos hizo al obsequiarnos con submarinos y aeroplanos por la cesión de los acorazados es un triunfo diplomático de don Agustín Edwards. La actividad y el patriotismo de nuestro Ministro están fuera de discusión.

Nada más grato para nosotros, que escribimos estas líneas, libres de toda intención política, que aplaudir al señor Edwards en este asunto en que su vivacidad, siempre bien dirigida, lo impulsó a romper la tradicional timidez con que los Ministros de Chile en el extranjero insinúan a su Jefe, el Ministro de Relaciones, lo más conveniente para el país, en tal o cual caso de difícil solución. Y aunque hay quienes sostienen, con buenas razones, que un Ministro Diplomático no debe tener ideas propias, y aunque es recomendable que, al tenerlas, las dé a conocer a su Jefe, no de modo que evidencie la inquietud del amor propio, temeroso de ser herido, sino en forma de tranquila y reverente insinuación, celebramos el proceder del señor Edwards, por qué ha demostrado, con él, conocer los intereses internacionales de su país y cuidar de ellos con tino y estudio.

Siguiendo su itinerario, la misión británica llegó a Bolivia, que es, para fines diplomáticos, como no llegar a ninguna parte porque el velo de Isis es transparente en comparación del que cubre los intentos de su Cancillería. Lo único que en ella se ve asomar, a modo de mirras culturales, son sus aspiraciones... Bolivia no quiere, no pretende nada; aspira, casi diríamos, sueña. Tendida al lado de su antiguo compañero, el Perú, está retenida en su acción, como Isolda junto a Tristán, por la espada que entre ellos ha puesto Chile. Su actitud es casi

candorosa. No resuelve ni trata de resolver nada. Tiene conflictos de límites con casi todos sus vecinos; con la Argentina, lo relativo a Yacuiba, Esmoraca y Toldos; con el Brasil, el litigio sobre la región del río Verde y la del río Iquiri; y con el Paraguay, lo más grave: la disputa del Chaco. Sin embargo, dormita. Parece no ver que, como símbolo anunciador de quién sabe qué desmembramiento, los escudos de cada una de sus provincias, colocados al borde de las tribunas de su Parlamento, se muestran, a los viajeros, ladeados, próximos a caer, como frutos maduros, en manos de cualquier vecino de su huerto patrio.

Dada esta su psicología de pueblo sin voluntad, se comprenderá la timidez y la cohibida obsequiosidad de su actitud ante la misión inglesa. El Presidente Gutiérrez Guerra, adelantando la confesión de su deseo de acceder a cuanto le pidiese Mr. de Bunsen, recordó que el capital británico ha tomado parte en el desarrollo de los ferrocarriles bolivianos. Dijo la verdad, pero la limitó, con sabiduría, al momento diplomático. Pudo, ampliando esa verdad, reconocer que Chile ha contribuido también a ese desarrollo; pero no creyó oportuno hacerlo: Chile no pide nada. Por último, el señor Gutiérrez Guerra recordó también, en frase geográfica, el ensueño que mantiene a su patria en algo así como en éxtasis: dijo, aparentando ignorar que Mr. de Bunsen lo supiera, que Bolivia es un país sin costas, no dijo sin puertos, porque eso habría sido entrar a la realidad y Bolivia sueña.

Mr. de Bunsen admiró la belleza del ensueño, y desvaneciéndose tal vez, antes de que asomase a sus labios, una sonrisa, partió al Perú. Allí fué otra cosa. El Embajador advirtió desde lejos, que, semejantes a los muros de Troya, en el poema de Homero, los del Perú estaban poblados de lanzas y de héroes. La acogida que se le hizo no fué de salón, sino de campamento, y los saludos que le leyeron no fueron discursos, sino proclamas. Se ofreció a Mr. de Bunsen lo que él pedía, pero se le exigió casi una promesa de ayuda contra los vecinos del Sur. Prometieron y acusaron. Su audacia llegó hasta convertir la Embajada en Primera Instancia del Tribunal de las Naciones, ante el

cual esperan llevarnos, tal vez en rebeldía, como a violadores del derecho, u otro tema melódico por el estilo. Desde el estudiante al obrero y desde la dama de sociedad al hombre público las voces fueron unas mismas, y no moderadas, sino altivas, y no circunscritas a lo posible, por estar en litigio, sino dilatadas hasta clamar por lo imposible, por estar entregado. El órgano del señor Leguía, reuniendo todas las voces, habló de la devolución de Tarapacá, y llegará día en que el órgano de algún otro político aspirante a la Presidencia de la República, hable, para dar carácter patriótico a su candidatura, de la necesidad de pedir hasta la Serena.

Mr. de Bunsen permaneció mudo, pero en actitud cortés, siempre cortés, sin olvidar un instante, ni aun cuando fué acosado a preguntas, ora finas, ora torpes, pero siempre peligrosas, y que acaso hicieron asomar a sus mejillas nobiliarias la palidez del fastidio o el calor del enojo, que debía cumplir hasta el martirio con la primera obligación del diplomático: ser político, condición propia, por lo demás, de todos, ya que el hombre es, desde su origen, un animal político, *zoon politikon*, que decía, nos parece, Aristóteles.

Y la Embajada Bunsen se alejó, no sin haber hecho algunas declaraciones sobre política internacional que han hecho las delicias de los escritores del Perú y suscitado las alarmas de don Agustín Ross.

¿Hicieron mal los peruanos en tomar la actitud a que nos referimos? No, hicieron bien. Los ideales patrios, aun los extremos, han de ser defendidos a voces. El que grita es oído, si no escuchado, lo que es mucho, si se atiende al poder de sugestión que todo clamor despliega. Además, el Perú sabe que por ese camino puede llegar al triunfo. Por eso escribe, habla y vocifera. La propaganda de sus políticos se une a la de sus literatos esparcidos por el mundo y hábilmente favorecidos por su Gobierno, que los aprovecha mejor que el nuestro a los nuestros. Ved, si no, como no hay casi publicación de carácter universal en que no aparezca la inteligente influencia de sus escri-

tores. Y no nos referimos a los libros de autores peruanos, como los de García Calderón, y de Barreto, por ejemplo, sino a las obras de importancia mundial, anunciadas hasta el delirio desde dos o tres años antes de su publicación, pero no por eso menos ignoradas de nuestros Ministros en los países respectivos; nos referimos a las Enciclopedias, a *La Grande Encyclopedie* que, en su volumen veintiséis, artículo «Perou», dice: «El Perú y Bolivia tenían al Sur un vecino menos rico y más activo que codiciaba los distritos de Atacama y Tarapacá, donde estaban los yacimientos de salitre». Y agrega, hablando de la guerra de Chile con Perú y Bolivia: «En el curso de la última guerra los chilenos habían arrasado metódicamente las riquezas públicas y privadas del país, y en esta áspera lucha han sido señalados muchos actos contrarios al derecho de gentes». Y nos referimos a *The Encyclopaedia Britannica*,—edición de 1910, que también en su artículo «Perú», dice: «El 5 de abril de 1879 la República de Chile declaró la guerra al Perú, alegando como pretexto que el Perú había hecho un tratado ofensivo, dirigido contra Chile, con Bolivia, país con el cual Chile tenía una disputa; pero la publicación del texto de este tratado hizo conocer el hecho de que él era estrictamente defensivo y de que no contenía causa justa de guerra. El verdadero objeto de Chile era la conquista de la rica provincia de Tarapacá, la apropiación de sus valiosos depósitos de guano y nitrato, y la expoliación del resto de la costa peruana».

La única de estas publicaciones que da una versión imparcial es el *Brockhaus Lexikon*, Berlín 1892, que en su tomo cuarto, artículo «Chile», dice que Bolivia intentó arruinar con impuestos la naciente industria chilena, que Chile protestó en vano de esta abierta violación del tratado existente, y que vino la guerra. Esta opinión, basada en la verdad, era la dominante, aun por aquellos tiempos, en Alemania, lo que se confirma con la declaración que el Canciller de ese Imperio hizo a nuestro Ministro allá, don Ramón Subercaseaux.

Esta propaganda en libros destinados a circular universalmente con carácter de imparcialidad, por ser escritos por extranjeros, terminará un día por establecer, sin lugar a réplica,

que en el asunto Tacna y Arica la razón está de parte del Perú. Ese día, que acaso haya llegado ya, el Perú se sentirá apoyado por la opinión del mundo entero y cualquier acto nuestro,—mientras más tardío peor,—tendiente a consolidar lo poseído, será considerado como un nuevo intento de conquista, sin que haya diplomáticos que basten a convencer a nadie de lo contrario. Su propaganda ha sido, pues, bien dirigida. ¿Y la nuestra? ¿No hay medio de ayudar, aunque sea a deshora, a los escritores chilenos que están en Europa, a fin de que impidan, en lo posible, que aumente el desprestigio que de Chile hacen obras de tanta magnitud como las que hemos mencionado, y el que puedan hacer las que se publiquen después de la guerra? ¿O somos tan fuertes que podamos decir como Alemania—ya se sabe con qué resultado—: ¿Qué nos importa la opinión del mundo?

II.—Chile en el extranjero

La lectura que hemos hecho de los últimos artículos de diarios, folletos y discursos sobre el asunto Tacna y Arica no ha caído en terreno estéril, puesto que ha formado en nosotros una opinión... contraria, en cierto sentido, a lo que ellos sostienen; opinión que daremos guiados por el único afán de obedecer al imperativo shakespeariano:

To thine own self be true.

Y excúsenos, en artículo como éste, de índole no literaria, la citación de versos porque ellos son un derivativo de nuestras preocupaciones diarias, como lo eran, respecto a las suyas, el violín para Delacroix y los gatos para Richelieu.

No siendo nadie, podemos hablar. La cuestión del Norte es doble, y se resume así: dos provincias peruanas están bajo el dominio de Chile. Este dominio puede cesar por un plebiscito. Una nación, Bolivia, ha renunciado a tener puerto en el Pacífico, pero lo necesita y, necesitándolo, aspira a conseguirlo y, con el tiempo, luchará por lograrlo. El Perú exige ya la devolución de Tacna y Arica; Bolivia no pide nada aun; pero lo

pedirá, y después, lo exigirá también. En rigor, ni una ni otra nación tiene derecho a nada; pero la necesidad moral de una y material de la otra terminará por crear ese derecho, puesto que la necesidad es incoadora del derecho biológico, superior al jurídico, porque viene, como un clamor, de la fuente misma de la vida. Vendrá, pues, el conflicto. ¿Qué deberíamos hacer? Adelantarnos a él. Aprovechar nuestra fuerza para ser, primero, generosos con el país resignado y soñador, con Bolivia, ofreciéndole alguna caleta, en punto compatible con la frontera exigida por nuestro Estado Mayor, en cambio de la celebración de un tratado de comercio por cuarenta o cincuenta años; y para ser, después, inflexibles con el soberbio: el Perú. El arreglo con Bolivia sería la paz asegurada, un beneficio para todos; la realización del plan de Santa María. Conviene no olvidarse de que si para Bolivia la cuestión de un puerto es aspiración vital, la expansión comercial es también para Chile una cuestión de vida.

Mas, para el arreglo con el Perú, habrá de seguro, un obstáculo que deseamos señalar con entereza: el renacimiento de las influencias personales y de partido que tantas veces han impedido aquí y en el Perú la solución del conflicto. Sí; para ese arreglo es preciso un hombre que tenga ideas claras sobre el asunto; pero ese hombre, que es el Presidente de la República, don Gonzalo Bulnes, don Joaquín Walker Martínez, don Anselmo Blanlot Holley, don José Miguel Echenique, don Eleodoro Yáñez, necesita de la ayuda de otros hombres que están en el Congreso y en la prensa. Y esa ayuda no es fácil de conseguir, porque cada uno de los requeridos para prestarla, sueña con ser él quien escriba la última página de la epopeya del Pacífico. Esto podrá ser estimado falto de fundamento, pero ¿cuántas veces los políticos que han intentado solucionar el problema del Norte no han sido retenidos por la red de los distintos pareceres y de las alarmas suscitadas en torno de las posibles consecuencias de su acción, pareceres y alarmas que no fueron en el fondo sino el temor de que esos políticos se engrandecieran hasta perturbar el equilibrio en que, para tranquilidad de todos, gustamos de mantener los méritos personales? ¿No ha sido el sentimiento patriótico ostentado por

algunos, aquí como en otras partes, un simple velo encubridor de ambiciones? Si no ¿cómo explicarse el límite de un nombre —si no lo hago yo, que no lo haga éste o aquél—puesto a los actos que, por patrióticos, debieran ser como el sacrificio de los soldados, impersonales y anónimos?

Y esto que decimos de Chile, lo podemos decir también del Perú. Quien bien sabe lo que pasa por allá, don Joaquín Walker Martínez, asegura en *La Unión* de Valparaíso, el 23 de Julio de este año, en un artículo vigoroso como todos los suyos: «Están también comprobadas estas otras verdades: de Tacna y Arica hacen en Lima cuestión política los partidos y cuestión de influencia los directores de empresas periodísticas. Cuando algún partido trataba con alguna sinceridad la materia, el otro, o los otros, le acusaban de tramar la *entrega* de las «provincias cautivas». Y cuando un diario sentía flaquear su circulación, tocaba a rebato con variantes sobre el mismo tema».

La filosofía de nuestras reflexiones parecerá ingrata; pero la verdad que encierra permanecerá intacta mientras persistan los hechos que la han generado en nuestra conciencia de simples espectadores de los actos públicos. Creemos, pues, que si a un hombre de cultura y talento se le prestase el desinteresado concurso que para ello requiere, el asunto del Perú podría ser arreglado fácilmente, por ejemplo, por medio de un plesbicitico celebrado de acuerdo con las condiciones propuestas por Chile, que no difieren mucho de las propuestas en alguna ocasión por el Perú. Ello sería una acción sin odio y una victoria sin humo.

Pero si esa u otra fórmula cordial no fuese aceptada por los gobernantes peruanos, o los proponentes chilenos temieran los obstáculos de que hemos hablado, que se las abandone y que se procure, porque es indispensable llegar a ella antes de la paz europea, la solución que aleje todas las rivalidades disolventes. Que la palabra de Chile sea limpia, bruñida y luminosa, que sea su espada. Esto hice, esto exijo. El debate debe volver al ambiente en que nació. Si los estadistas chilenos de entonces no lo mantuvieron en la atmósfera natal, si se vieron obligados a sacarlos de allí para llevarlo al terreno de la nota y del libro, pensamos que los de hoy deberían huir de las batallas del

verbo, en que los peruanos son más fuertes que nosotros, y volver a la de las acción tradicional chilena, a las batallas en que se vierten por el engrandecimiento de la patria menos tinta que sangre. Para ello habrá ocasión como la hubo cuando, en 1910, el señor Chacaltana se alejó del país rompiendo las relaciones diplomáticas sin que Chile le hubiese dado motivo para tal ruptura, o cuando lo hizo el señor Porras... Y si esa ocasión no se presentare con la premura deseable, se debería hacer lo que se ha hecho siempre: crearla.

El estado de ánimo de los escritores, por lo menos, del Perú, corresponde al de los chilenos que están anhelosos de acción. Ultimamente, a propósito de la muerte de González Prada, el señor Leguía y Martínez, recuerda en el número de Agosto de *El Mercurio Peruano*, los años que siguieron a la guerra con Chile. Dice: «¿Quién más que esa juventud, en mala hora surgida a la existencia, saboreó con más desencanto, con más desesperación, la vergüenza y la humillación del vencimiento?» Pero «de súbito, en el silencio de la tenebrosidad del fatídico horizonte, resonó una voz potente»... El autor enumera en seguida todo lo que era esa voz: halago materno, descarga eléctrica, rugido de fiera, trueno de rayo vengador, etc., etc.; y agrega: «Y alzóse esa generación desventurada y recobró el mayor de los bienes—la esperanza—y Lázaro gentil, tocado de resurrección, voló resignada, si no gozosa, a llenar en torno del vate, del apóstol, del vidente, su fatal misión de reposición infatigable, de reconstrucción pertinaz, de rencor reconfortante y preparación paciente de las futuras sanciones y desquites...» Estos tres puntos suspensivos son todo un programa.

A este idealismo patriótico, que nos agrada por su sinceridad y su pasión, ha dado forma práctica el señor Carlos A. Valcárcel en su conferencia sobre «El Perú y la guerra mundial» publicada por *The West Coast Leader* de Lima y reproducida el 3 de Octubre de este año por el periódico inglés de Valparaíso. Es algo digno de atención. El señor Valcárcel habla sencilla y sobriamente. Después de disertar sobre la conveniencia de que el Perú abandone su estado de simple ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania y entre resuelta-

mente a la guerra, a la cual puede aportar un ejército de doscientos mil hombres, que podrían ser equipados y amunicionados por los otros beligerantes, exclama: «¡Qué incalculables beneficios se derivarían para el Perú de la formación de un ejército semejante! No sólo sería importante su cooperación en contra de los enemigos de la humanidad, sino que también serían importantes los servicios que tal ejército podría prestarle en lo futuro. Los sobrevivientes de ese ejército, adiestrado en el campo de batalla, formarían, después de la guerra, el más eficiente de nuestros argumentos para el arreglo de las cuestiones del Sur, de acuerdo con los dictados de la justicia».

Todo esto, lo repetimos, nos parece bien. Nada más bello que defender los derechos—o los que tales cree el defensor—de la tierra nativa. Si el reconocimiento de esos derechos no se logra con la palabra escrita o hablada, es justo que se le intente alcanzar por el sacrificio. Toda lucha noble contribuye a lo que ha de ser, con el tiempo, la obra de todos: la unidad moral del mundo...

Sin pretender que estas líneas se tomen como reflejo de la opinión pública, ni del pueblo, ni de tal o cual grupo de personas, creemos que urge utilizar la experiencia de las discusiones estériles. Si queremos ser consecuentes con nuestro pasado, debemos ir a la solución chilena. ¿No es, bien considerado, casi ridículo, que después de conquistar, en dos años, Tarapacá y Antofagasta, no hayamos podido conquistar definitivamente, en treinta y cinco años, ni Tacna ni Arica? Un dilema se impone: o esas ciudades son indispensables para la seguridad de Chile, y entonces se las incorpora en forma definitiva, o son inútiles para ese fin, y entonces se las abandona en forma también definitiva. Querer conquistarlas con argumentos, convenciendo a sus habitantes peruanos de que les será más útil la soberanía de Chile que la del Perú, es enamorar a lo romántico, es olvidarse de que nuestro interés no es por el alma de Arica ni por el corazón de Tacna. Dígalo, si no, nuestro Estado Mayor. Necesitamos, pues, ir a la acción. Si caímos en la no siempre clara región de la dialéctica jurídica, de los comentarios, de las citas de autoridades, de los ejemplos históricos, de todo eso

que dirigimos, como flechas, a los peruanos y que ellos nos devuelven sin haber perdido, a veces, ni una pluma, deberíamos recurrir a lo único digno de una nación fuerte por su derecho y justa por su fuerza, a una última proposición llena de promesas... La Historia, o no es nada, o es una lección de Energía.

Se nos dirá que esto puede ser peligroso, que los Estados Unidos tienen manifiesta simpatía por el Perú y que tal vez lo amparen en el momento de la solución; que recordemos su actitud en las gestiones terminales de la guerra y cómo no sería de extrañarse que resonaran de nuevo, en la Cámara norteamericana, las palabras de Mr. Robeson, aquel representante de New Jersey que aseguró que si hubiese habido en el Callao, durante las hostilidades, un acorazado yanqui, el desmembramiento del Perú no se habría efectuado. Y bien, contestaremos, si los Estados Unidos desean auxiliar al Perú, si están dispuestos a impedir que Chile entre a la plena posesión de lo que alcanzó a costa de tanto sacrificio, que lo hagan, que se apresuren a hacerlo. Con su intervención sabremos a qué atenernos, habremos terminado un asunto odioso, cerrado una vena rota de nuestro Erario, y, por fin, al entregarles Tacna y Arica para que las entreguen, a su vez, al Perú, no habremos hecho sino ceder, como tantas otras naciones, a la dominadora del mundo, a la Fuerza.

La nota culminante de nuestra actual política exterior ha sido la Embajada Bulnes. La inauguración del monumento a O'Higgins sirvió admirablemente a Chile para demostrar a la Argentina sus nuevos afectos... Nadie ignora que son nuevos. Si es cierto que ellos han existido siempre en algunos de los políticos que, a su paso por Buenos Aires, han podido apreciar la gentileza y la cultura de sus colegas bonaerenses, y en muchas familias, emparentadas o nó con las de allá, es cierto también que esos afectos no ligaban a los dos pueblos. Los intentos de don Pedro Montt por crearlos y enardecerlos habían caído en el vacío, porque los hizo en circunstancias que habrían importado, para nosotros, el alejamiento del Brasil.

La conveniencia de los dos países ha estado y está en unirse; pero esta unión no ha podido efectuarse de modo sincero y franco porque no es fácil modificar los sentimientos tradicionales, mantenidos en nuestras clases populares por el recuerdo de las discusiones sobre límites, y en nuestros estudiantes y letrados porque los escritores argentinos no siempre han dicho con la debida imparcialidad lo relativo a la independencia de Chile. Según su decir, nuestra emancipación se debió a la Argentina, como nuestra cultura a sus proscriptos. Un pueblo tan altivo como el chileno y tan celoso de sus laureles no perdona fácilmente esos atentados a su historia, ni aun sabiendo, como sabe para su consuelo, que según ese mismo decir,—el de las leyendas universitarias,—la independencia de toda o casi toda la América del Sur es gloria de San Martín... El entusiasmo de los escritores argentinos por su Héroe a quien, cuando volvió a Buenos Aires ni siquiera visitaron sus compatriotas, es digno de respeto, y para nosotros, admiradores de todo lo que es sincero y ardiente, hasta de aplauso: no hay que escatimar lauros a los gloriosos; hay que dárselos todos... pero los propios, no los ajenos.

Fué, pues, laudable idea del Gobierno argentino la de disipar los antiguos recelos, la de acercarse, después de haberlo hecho a los políticos, al pueblo mismo de Chile, por medio de la erección de un monumento a O'Higgins. Y fué también laudable idea de nuestro Gobierno la de enviar a Buenos Aires, a nombre del pueblo chileno, a quien, por haber cantado como nadie su última epopeya, podía representarlo con más conciencia de sus virtudes heroicas: a don Gonzalo Bulnes. Con él fué no sólo un político y un respetable miembro de nuestra sociedad y un hombre de letras, sino el recuerdo de una de las páginas más brillantes de nuestra historia civil y militar.

El pueblo argentino debió de comprenderlo así porque sus agasajos no tuvieron el calor ficticio de los preparados y dirigidos por los elementos oficiales, sino el entusiasmo de los espontáneos. Y esto, a pesar de que era conocido el antiguo desapego del señor Bulnes por nuestros vecinos y de que, a pesar

también de haber modificado su criterio a ese respecto, no se redujo en sus discursos a encomiar inmoderadamente, a costa de la verdad, la acción en beneficio nuestro de sus patricios y sus guerreros, sino que recordó la acción de los nuestros en beneficio de la República Argentina. La digna y entera actitud del señor Bulnes le valió la simpatía ardorosa de cuantos creyeron tratar a un diplomático y se encontraron con un hombre. Acostumbrados como están a oír, más que juicios sinceros sobre sus riquezas y verdades sobre su historia, ¡ahes! ante la amplitud de la Avenida Mayo y ¡ohes! ante la magnitud de la cúpula del Parlamento, la entereza del señor Bulnes les extrañó, pero los sedujo, y como a su altivez unen la franqueza, lo aplaudieron hasta el delirio, sobre todo en el banquete del Jockey Club. La actitud del señor Bulnes ha sido una satisfacción para el pueblo chileno porque ella ha demostrado que la firmeza de ánimo y la sobriedad de palabra que son sus virtudes características aun en los momentos de mayor entusiasmo, no fueron olvidadas por su Embajador.

Los versos en que don Eusebio Lillo recuerda a Chile «la blanca montaña que te dió por baluarte el Señor» y que si el poeta hubiera atendido menos a la seguridad del país que a sus necesidades de comunicación, debieran ser «que te dió por aislarte (o algo peor) el Señor», no tendrán razón de ser cantados ni en una ni en otra forma si la importantísima labor diplomática del señor Bulnes es continuada, como debe serlo, por el Congreso de Chile.

Los primeros beneficios de la Embajada Bulnes han sido indirectos, es cierto, pero no por eso menos apreciables. El primero ha consistido en orientar la opinión pública, que ha vivido este último tiempo en atmósfera de acusaciones odiosas, hacia las cuestiones internacionales. Sí, cuando aun quedaban resonancias de las falsas noticias con que se pretendió obscurecer la acción diplomática de nuestro Embajador en Bolivia, se acusa al señor Yáñez de nada menos que de haber dado a fir-

mar al Ministro argentino, señor Portela, una copia adulterada de tal o cual protocolo. El señor Yáñez ha callado, y sólo lo ha defendido públicamente un miembro del partido conservador; se acusa al señor Feliú de haber dado a conocer, al Ministro de Alemania, un telegrama en que el Gobierno de Estados Unidos anunciaba que tal vez se vería obligado a tomar las naves alemanas refugiadas en nuestras bahías, y resulta que no hay tal telegrama, que ni siquiera era posible que existiese porque él habría significado la más odiosa violación de nuestra soberanía. El señor Feliú ha callado y sólo lo ha defendido el sentido común. Se acusa al señor Suárez... Y todos, o casi todos, han callado porque los documentos que comprueban la corrección de los actos impugnados pertenecen a los secretos de la cancillería, secretos que no es posible revelar porque se relacionan con la política internacional de algún Gobierno amigo o con la del nuestro.

Mientras tanto, los fundamentos de esas acusaciones—fantasías o errores— se van convirtiendo, para el público, en verdades, es decir, en vergüenza para el país porque sus políticos, que debieran ser sus hombres más inteligentes, se acusan unos a otros de falta de inteligencia, y porque ellos, que debieran ser los más patriotas ya que por su importancia política representan a su país más que el simple ciudadano, se acusan unos a otros de falta de patriotismo. Los que acusan hablan y gritan sin documentos, los acusados se resignan y callan, también sin documentos; una fuerza mayor les cierra los labios: el secreto de la cancillería. Los señores Yáñez, Feliú, y Suárez tienen algo de los personajes de la tragedia griega... o mejor, de la cristiana. Bossuet decía que Jesús había sufrido y muerto por poder de la Divinidad; cada uno de los caballeros nombrados, y otros, sufren también y acaso alguno de ellos muera políticamente, también por poder, por poder del Estado. Risueñas similitudes ¿no es cierto? Sólo que de los últimos no todos tienen, a lo que parece, esperanza de Asunción.

El primer beneficio de la Embajada Bulnes ha sido, pues, enaltecer las preocupaciones de la opinión pública, y el segundo, facilitar a nuestro Gobierno, por medio de la cordialísima

unión con la República Argentina,—a la cual ha contribuído en parte apreciable el Excelentísimo señor Gómez, tanto con su tino de diplomático en sus relaciones con los políticos de la Cancillería, como con su acción social en sus relaciones con las señoras del Club de la Reforma...—un medio de afirmarse en la neutralidad que desea mantener, pero que mantendrá sólo hasta que se lo permita la opinión pública. Porque, no hay que engañarse, la libertad de conciencia del Estado es un mito. Así como la mayoría de la representación popular impuso al nuestro, en los comienzos de su vida constitucional, una conciencia religiosa, y como le impone, de acuerdo con los alternados triunfos de las coaliciones y las alianzas, una conciencia política, le impondrá una conciencia internacional. Y si no esa representación, otra fuerza cualquiera, que sea tan poderosa como ella, o más. El arco formado por el Perú, Bolivia y Brasil puede tener su flecha, puede ser estirado por una mano del Norte y su blanco pueden ser las naciones del Sur. Adelantándose talvez a este peligro, un grupo de chilenos respetables ha invitado a reunirse con el objeto de iniciar un movimiento de franca aproximación a los Estados Unidos. Esta iniciativa puede tener consecuencias de importancia: formar una corriente de opinión favorable a la ruptura de la neutralidad oficial, lo que sería extemporáneo, y poco honroso para el pueblo chileno, por cualquier lado que esa resolución se considerase: ya como una vuelta de espaldas al vencido, ya como un acto de sumisión al vencedor. En la política de nuestra Cancillería se impone, pues, la consecuencia. Además, nuestra amistad con los Estados Unidos no necesita ser violentada; es sincera y conveniente, y basta. Día llegará en que seamos, entre todos los países sudamericanos, el predilecto de su grandeza, por haber elegido intuitivamente, como signo patrio, lo único que nos podrá hacer visibles, si llega el caso, en su estupendo y claro y glorioso pabellón: la estrella.

E. DE SALAVERRY.

UN NOCTURNO DE BURCHARD

Museo de Bellas Artes.

Se desvanecía la luz de la tarde cuando me detuve, por primera vez, frente a este lienzo. Lo indefinido del tema que idealiza fué para mí algo leve como ensueño. ¿Por qué exquisita exigencia de la pupila buscó el pintor este efecto asordado, esta como visión de un sentimiento de paz, en que la línea y el color se adormecen, en que los amarillos parecen abstraídos en grises y los azules en sombras? ¿Cómo llegó a discernir en la levedad del aire los matices que casi no lo son y cómo a sugerir con ellos el silencio por donde van las serenas melodizaciones de la noche? Porque su intento no fué, sin duda, interpretar esos efectos a la manera de los clásicos, para quienes la obscuridad era casi indivisible, no. Sus lienzos, aun los más célebres, interpretan uno sólo de los aspectos nocturnales, el estimado entonces como el más pictórico, el equilibrio de las manchas claras y oscuras; pero no dan la verdadera belleza de la noche, la complejidad de sus incidencias monocromáticas, ni menos su alma.

Así, ¿no es digno de notarse que uno de los lienzos más finamente pintados en nuestra tierra de nieves, de mares y de sol, sea la vaguedad de esta mancha nocturna?... Después de inquirir el mérito de los lienzos colgados en las salas de pintura chilena, y de ver, en no pocos, una luz distinta de la purísima de

nuestro cielo, me detuve frente a esta obra porque sugiere, con más pureza que ninguna otra, la idealidad de nuestras noches azules. Hay, es cierto, entre los lienzos aludidos, muchos de innegable belleza, más por no sé qué falta de sinceridad en el acento, diré, de la luz, me parecen fríos, lánguidos, sin indicios siquiera de la vida que circula aún por los grises de este motivo nocturno. Sin esta vida, que disuelve en mí el mismo tono de que me sentiría colorido si viese en la naturaleza lo que admiro en el lienzo, las manchas de esta serena evocación de la noche resultarían inertes, y no desearía, como deseo, conocer el punto de que partieron su línea y matices definidores, para seguirlos al través de las modificaciones que les haya impuesto la pupila del pintor, y admirarlos, por fin, en su belleza actual. Es un deseo a que me incita su unidad translúcida y vaga. Ved: es noche de estío, semiclareada de luna. La luz amarillenta de un farol de extramuros cae sobre ancho portón, junto al que espera alguien medio perdido en la penumbra. El temblor de la luz descendiende, se desliza por el suelo, corre, sube por la pared vetusta, y se disipa en el follaje de un grupo de árboles oscuros. La envoltura de las cosas es tan indecisa, tan fundido el perfil de las manchas, que la pupila penetra en el lienzo como en el aire de una noche serena. La tenuidad de la luz y la quietud de los árboles son elementos reales, de vida propia, pero se disolverían tal vez en lo inexpresivo, si el espacio nocturno, por donde divaga el contorno de las nubes inmóviles, no los ayudase con su verdad a definir la suave sensación de la noche, del profundo sueño rural en que reposan el farol, los muros y las sombras.

*
* *

Seguir el proceso electivo de un tema pictórico es casi una alegría de creador, pues al atender a su desenvolvimiento se le puede inmovilizar en cualquiera de sus grados, ya para ver mejor alguna de sus líneas, ya para esclarecer algún nuevo aspecto de sus colores. Es un análisis que indaga no solamente cómo se insinuó el tema, sino también la influencia que en su luz ejerció el estado anímico del pintor, porque, lo sabemos todos, la

suave y translúcida onda de vida que va del espíritu a las cosas y vuelve de las cosas al espíritu, se impregna de los colores de cada ribera en que toca. Así la melancolía del observador tiñe de gris el paisaje que para otro puede ser risueño, y su alegría convierte en gozosas las ascuas del crepúsculo que para otro pueden ser martirizantes. Por esto, al penetrar en el origen de una obra, busco los efectos de esa influencia que, venida del paisaje, naturaliza el alma hasta darle un aspecto terrenal, y emanada del artista, humaniza el paisaje hasta lograr que tome relieve de fisonomía, que insinúe, con su luz, una mirada, y que así, en su expresión casi rostral, induzca la visión de los lienzos célebres: que piense con la inmovilidad de los Holbein, sonría con la sonrisa de la Gioconda o sufra con el dolor de los Cristos.

Al considerar este lienzo, me pregunté, pues, deseoso de seguir su desenvolvimiento: ¿Por qué principio se guió el artista en la busca de lo más expresivo de su tema? Si las líneas y los matices llegaron confundidos a su retina, ¿dejó que lo cogiesen así, seguro de que poco a poco se reducirían a la expresión de un sentimiento, o se dió a distinguirlos minuciosamente, para enlazarlos en síntesis más pura que la por ellos evidenciada? Si al transcribir la noche, le fué posible, primero, elegir algunos de sus elementos para darles la unidad propicia a determinado fin; tomar, después, uno sólo de sus aspectos para, acordándolo con su resonancia psicológica, definirlo como un minuto de la tierra y del alma; y si pudo, por último, servirse de ella para evocar únicamente sus repercusiones morales, ¿a cuál de estos modos interpretativos recurrió para melodizar el sueño de los amarillos, de los azules y las sombras?

Sé que el pintor no se pierde en lo disertativo, que investiga en lo visible y que prescinde de lo sugerido por la idea o propuesto por la fantasía, mas la vaguedad de este lienzo permite figurarse que el artista no fué directamente a su labor, sino que discurrió de duda en duda antes de elegir las manchas que mejor expresaran su visión. Y habría sido lo natural. ¿Qué minuto de la luz ha llegado al lienzo sin pasar por ese punto del espíritu en que se trenzan y destrenzan las sutiles modifica-

ciones de los temas por interpretar? El artista divagó, sí; ¿pero de qué medio se valió, en definitiva, para su obra? Él sabe que al buscar los matices por los matices mismos, con prescindencia de su significado moral, se hace obra de sibaritismo cromático, que se estimula, aun en los temas fríos y vagos la vida sensorial únicamente, pero como gusta de la obra que se acerca al más elevado fin del arte, a la que embellece la vida por la eternización de sus aspectos más puros, desdeñó la manera de los enamorados del matiz en sí, y se recluyó en la de los pintores que luchan por retener sus efectos morales. Fué, pues, a la obra de quien coge la luz caracterizadora del sentimiento que lo domina y la deslíe, en el aire del lienzo, de modo tan leve que la veamos divagar con la misma transparencia de la emoción creadora. Sí, la idealidad azulosa de este motivo revela que el artista se inclina a esta última manera de pintar. En lo tenue del aire, en el silencio de las tintas, en la casi inmaterialidad de lo interpretado hay más que una visión. El pintor no ha reproducido uno cualquiera de los elementos de la noche, sino lo que, después de visto en la realidad, sintió unido y coordinado en el espíritu, un aspecto de la meditación que ella le sugirió, uno de esos minutos morales aterciopelados de silencio, de azules y de sombras. Y esto de una manera tan fina y al mismo tiempo tan amplia que frente a su obra podemos ir con la mirada, al través del frío de la noche abierta, desde la copa de los árboles a la orilla de las nubes más lejanas, sin desvanecer con la mirada la impresión idealizadora.

*
* *

Es tal para mí el resumen de luz y de vida que veo en un lienzo que me sería imposible permanecer, ante su hermosura, inerte. Por eso, después de suponer cómo se determinó en el pintor esta armonía nocturna, inquirí su manera de evidenciar el más abstracto de los elementos evocativos de la noche: el sueño del aire, de las nubes, de las tapias, de los árboles, pues, si es difícil obtener de los indefinidos aspectos de las cosas nocturnas una síntesis visiva, clara en su penumbra, una síntesis

que tome las apariencias más que las realidades, lo es más hallar los medios de expresar las luces y las sombras que les sean consubstanciales.

En este lienzo la línea no es la incisiva, la que define y detiene las formas, sino la que, por lo indeciso de su rumbo, les da un aspecto vago. Sin el casi ilusorio perfil de las manchas inmóviles, el efecto de reposo nocturno no se produciría, como se produce, puro y diáfano. El dibujo es, pues, como lo exigía el tema, vagaroso, porque, a ser preciso, destruiría el ambiente de las cosas, el aire que las rodea y que el artista ha desenvuelto con valores correlativos a los tonos centrales, a los que esparce la pinta clara del farol. Burchard sintió la belleza de este efecto, y, para intensificarlo, no turbó su unidad con ningún violento contraste de color, lo que habría sido, como las minucias incisivas del dibujo, perturbador de lo desleído y evanescente de su belleza. Seguro de su pincel, ha logrado que el movimiento de la luz sea tan unido que no veo, con la facilidad que en otros lienzos, si empezó su obra por lo más oscuro, para recorrer en seguida una por una todas las gradaciones ascendentes hasta llegar a la nota dominante, la llama del farol; si fijó primero los dos términos extremos, el más luminoso y el más sombrío, para mantener dentro de sus límites el acorde nocturno; o si procedió, por último, sin establecer los puntos previos, sin más guía que la opacidad de los morenos, los pardos y los prusias.

Al seguir este análisis, me acaricia un soplo de idealidad, a que me entrego seguro de poder recluirme, así que lo desee, en la pincelada que es color; pasta no idea. Para volver a ese punto sensitivo, esta obra me ofrece un centro lúcido: la pinta del farol. Y a ella vuelvo. Al percibirla en sus principios exclusivamente físicos, en sus calideces, y al evaluarla en sus degradaciones sucesivas, vibro y me concentro en ella, en el trémulo punto en que la pequeñez de su vírgula soñolienta y escarlata, buscando el equilibrio de sus valores ardientes con las frialdades de los azules, los grises y las lobregueces húmedas, rige serenamente las equivalencias de las manchas nocturnas. ¿Quién, sino un artista sutil, pudo ver esta armonía? Si es cierto que el

matiz tiene un valor relativo a la sensibilidad que lo percibe, a la menor o mayor correspondencia de su carácter, con el espíritu que lo admire,—por lo que, para el artista vehemente, el rojo valdrá más que el gris, y para el melancólico, el gris más que el rojo,—es preciso reconocer que Burchard ha de estar dotado de muy fina y amplia capacidad de percepción cromática cuando, sin olvidos ni preferencias, ha usado aún los más desvaídos colores para darnos este lienzo tan definido en su luz como justo en la expresión de ese halo de misterio que la serenidad del aire nocturno pone en el contorno de las cosas.

Su sensibilidad ha conseguido un triunfo; ha hecho que las tintas divaguen como si no fuesen ni la veladura que embebida se patina, ni el empastamiento que reseco se esmalta, sino algo tan leve y translúcido como los precipitados morales que llevamos en el fondo de nuestro sér. Producir con esas tintas un efecto de realidad es casi milagro de transfigurador, es ir en busca del residuo colorístico de los recuerdos, de nuestras idas impresiones de noche—azulamientos de luna, medrosidades de sombra,— para darnos con ellas la serenidad de un minuto nocturno; es sugerir una visión que, por estar más sentida que vista, por componerse menos de algunas bien melodizadas manchas oscuras que de sus efectos morales, entra en mí de tal modo que, después de un instante de asombro admirativo, no sabría decir donde termina su penumbra ni donde comienza mi alma.

Es una vaguedad deliciosa. Al penetrar en ella advierto que la naturaleza a que pertenece no es la que interpretan generalmente los pintores chilenos, sino la vista por los iniciados en el misterio de las cosas, la preferida por el artista para quien cada una de las imágenes que la forman es un motivo de delectación psíquica; para quien se afana en descubrir los instantes en que aparece su esencia, su belleza oculta, lucha después por resolver el conflicto entre lo que ha visto así, casi filosóficamente, y su manifestación cromática y logra, por último, convertir los reflejos, el tono de las cosas y las penumbras en algo que parece revelar una aspiración votiva, en un canto íntimo, y sombrío en este nocturno, pero en un canto, al fin, del inmenso

poema de la tierra. La naturaleza de esta obra no es, pues, la real, sino la idealizada, la que una vez, al ir yo por una mañana pálida, irisada de grises y de rosas, suscitó en mí la alegría de creerme perdido en el alma de Corot; y la que otra vez, al discurrir por una noche profunda y hendida de claridad lunar, me infundió el temor de creerme extraviado en el alma de Rembrandt.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Del libro inédito *Tierras y Cromos*.

MOTIVOS ORATORIOS Y DE EMBAJADAS

I

Asistimos a la decadencia de la cultura nacional. Una prueba de esta aseveración está en el concepto que profesan los hombres de Gobierno con respecto a nuestros poetas. Hoy, los dirigentes del país creen que un poeta es simplemente un inútil, un simple, uno bueno para nada. Naturalmente esta idea extravagante no perjudica sino a los que la tienen, y es preciso confesar que difiere un poco de la que tenían Emerson o Ruskin, entre otros de igual talla, antiguos y modernos.

Ahora, en este país, un poeta está incapacitado para hablar de política internacional, de diplomacia, o del porvenir de la patria, o de cualquier otro asunto serio del mismo jaez; porque estas cosas son exclusivas, o forman parte de la ciencia infusa de esos dirigentes, destripaterrones o rábulas afortunados, ciencia enciclopédica que sólo se manifiesta desde el momento en que ocuparon un asiento legislativo, o en la alta burocracia santiaguina.

Y, con todo, en aquellos no lejanos tiempos fueron los poetas y escritores los que señalaron rumbos afortunados y felices a la nave de la República; ellos los que dirigieron la política interna y la internacional de Chile; los que ilustraron al país, los codificadores admirables, los elocuentes oradores, los brillantes diplomáticos por su cultura, por su prudencia, su

tacto, su talento en suma. Todos ellos, poetas y escritores, consolidaron la naciente nacionalidad y le dieron prosperidad, prestigio y glorias más allá de las fronteras.

Hoy se va por otro camino. No se comprende—y esto sólo pasa aquí—que un poeta se gaste la vida y la vista en las largas horas del estudio, escudriñando en las bibliotecas, siempre al tanto de las palpitaciones de la existencia espiritual del mundo y en constante comunicación con los más grandes pensadores del orbe, a través de los libros. ¡Oh! estupenda comprensión!

II

¿Asistimos a la decadencia de la cultura nacional? Fué la pregunta terrible que muchos se hicieron cuando los corresponsales de Buenos Aires transmitían el texto de los discursos de los que formaban parte de la Embajada chilena a la inauguración del monumento a nuestro O'Higgins.

Nadie dijo palabra al conocer la lista de las personas que acompañarían al dignísimo Embajador, personas muy representativas, por otra parte, del Ejército y Armada, de la sociedad, y hasta de la política, de esa política de las *cuatro calles* que ahora prima. Pero también todos reconocían que no estaba ahí bien representada la cultura superior chilena. ¿Dónde estaba el profesor universitario, o el de los Institutos? ¿Qué se había hecho el buen poeta? ¿Y el gran escritor? El novelista Orrego Luco no iba como tal. En todo caso él y el novel secretario de redacción de *El Mercurio*, formaban un pequeño óvalo de luz intelectual. Pero, ¿y el orador? Es que la ceguera política impidió que se viera la verdadera conveniencia nacional.

Hay en la escala de las especies zoológicas algunas a las cuales no les es permitido, jamás, levantar la cabeza para mirar las estrellas.

El Embajador, es, indiscutiblemente, uno de nuestros más preclaros talentos; pero no el conjunto y cifra de toda la cultura chilena, y no iba tampoco con otra investidura que la que le daba el protocolo.

Si la Embajada a Buenos Aires debió formarse con las personas indicadas, de entre las cuales no se podía sacar un mediano orador, ¿por qué cada uno de ellos se esforzó en parecerlo con tan notable desmedro del arte de don Enrique Mac-Iver y de don Juan Agustín Barriga, vaya por caso?

Si las circunstancias así lo exigían, que respondieran a discursos oficiales argentinos—que también en su mayoría fueron ramplones o churriguerescos—los chilenos debieron ser más sobrios en palabras, y más altivos por añadidura, con esa sobriedad, que ya no se dirá espartana, porque fué la insigne de Prat y de Baquedano.

Con la lectura de tales discursos, de los de aquí y de los de allá, el ánimo se contrista y apena, y también reniega y protesta de la oratoria oficial, tan retorcida, tan hueca y tan vana. ¡Y en qué castellano, Cristo Padre! Acaso porque sospechaban lo que pasaría al respecto, los verdaderos intelectuales argentinos se callaron. El arte admirable de la elocuencia no es, de ninguna manera, ni lejanamente parecida a la vocinglería al uso.

«Momento auspicioso», «guirnalda de brazos vivos de árbol», «tocar la cuerda sensible», «exponente de la amistad», «Chile amarrado al carro del Progreso argentino», «momento psicológico», «significativo exponente de progreso», «manifestaciones que irradian calor de corazones», «calor del sol que resplandece sobre vuestra bandera», y otras mil frases que parecen chirigotas, que se entremezclan, barajan y repiten en el más gracioso y desaforado desconcierto que hay en el planeta,—es lo de menos gravedad. Pero lo que pasa de la raya son los rendimientos y genuflexiones exageradas en señal de complacencia y agradecimiento por la buena acogida en la tierra extraña. ¿Acaso se sentían indignos e inmerecedores de ella? Pues si nos la debían los argentinos.

De seguro de que aquí adelante, esta proverbial hidalga altivez chilena va a sufrir menoscabo.

Pero de tanto lamentable desacierto oratorio el que pasma es ese de un chileno que declaró (véase cablegrama de *El Mercurio*) que la ley que aumenta las fuerzas armadas argentinas, nos

va a beneficiar. Hay que devanarse los sesos para penetrar la intención de este decir.

Corre parejas esto con la falta a la verdad del novel periodista que, en el calor de su improvisación, seguramente aseguró que nuestra cultura venía de Sarmiento, de Alberdi y López, argentinos; que Sarmiento reformó nuestra instrucción pública, que Alberdi hizo lo propio con nuestro derecho público. ¡Caramba! Esto es ya insoportable. ¡Cómo se habrán reído los mismos argentinos ilustrados! A todos esos emigrados argentinos les brindamos el pan y la sal de nuestra generosa hospitalidad. ¡Y cómo nos pagaron ellos!...

Búsquense los aplausos baratos de cualquier manera; pero no a costa de la propia dignidad patria. Lo demás es laceraría.

III

Es hasta cierto punto doloroso dejar constancia de estos hechos. Pero es necesario que todo ello, sabiéndolo, no se diga sólo de labios a orejas, sino de que se clame para que se sepa que hay quienes advierten el mal y piden el remedio. Que haya siquiera una voz en son de protesta en medio de esta general pasividad y mansedumbre borregas; que sepan los de las *cuatro cuadras*, entre las cuales está el Palacio de Justicia, que todavía no se puede impunemente delinquir y reirse de la vindicta pública sin que se oigan restablar como fustazos las palabras airadas, que ojalá alguna vez, mañana mismo, acaso, puedan cambiarse de ácidas y duras, en entusiastas y aplaudidoras.

ANTONIO BÓRQUEZ SOLAR

Santiago Septiembre 1918.

RECONCILIACION

(Del libro en prensa *La Casa junto al mar*)

En el cielo neblinoso
la luna se diluía.
Eran caminos de ensueño
las calladas avenidas.

Una incomprensión huraña
separados nos tenía,
pero el amor venció al cabo
y nos juntó en esa cita.

Tu mano puesta en mi hombro
y en tu cintura la mía,
caminábamos dos pasos
y un beso nos detenía.

La felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!
De nuevo sentirme tuyo,
de nuevo saberte mía...

Las palabras plenas de alma,
plenas de amor las sonrisas,

y aquel lento caminar
por las quietas avenidas...

Aquel caminar incierto
sin apartarnos la vista:
tú, los ojos en mis ojos;
yo, en tus ojos mis pupilas.

Hermosa por tu belleza
y, por el amor, divina:
la felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!

Nuestro amor era un amor
nuevo, un amor que principia.
Habíamos olvidado
todas, todas las caricias.

Y las fuimos recordando
bajo la sombra tranquila
de un grupo de viejos pinos
llenos de melancolía.

Los negros pinos, en torno
estrechaban sus caídas
ramas, generosamente,
por darnos sombra propicia.

Y aunque fué grande tu goce,
mayor, mayor fué mi dicha,
pues se durmió tu mirada
mientras velaba la mía.

A la claridad difusa
derramada desde arriba
vi tu rostro vuelto al cielo
y en tu rostro una sonrisa...

Un sonreír tan del alma,
una expresión tan rendida,
un algo tan inefable...
¡Qué linda estabas, qué linda!

La felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!
Otra vez yo todo tuyo,
y tú otra vez toda mía!

M. MAGALLANES MOURE.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CUNA DE CÓNDORES.—*Mariano Latorre*.—Santiago, 1918.

Si hay escritor enamorado de sus temas es el autor de estos cuentos montañoses. Cada uno de sus motivos novelescos no es para él la simple materia de un trabajo literario, algo que se tiene allí, en las apuntes o en el recuerdo, listo para ser estilizado en la hora de descanso propicio, sino algo que forma parte de cada minuto de su vida, algo que lleva en su sensibilidad, en sus ojos, en su corazón. Sus personajes son sus compañeros. Están donde él está, toman parte en su charla. Son a modo de su familia moral. A una pregunta de sus amigos, contesta On Chipó; al comentario sobre las rapiñas de un cóndor, responde el padre de Moñi; a la evocación de una escena montañesa, aparece On Lara. Y como vive con ellos, como es su mentor, el que esclarece sus ideas rudimentarias e interpreta sus visiones de la cordillera, los quiere de tal modo que no sería extraño que haya derramado lágrimas a la muerte de algunos de ellos, de Moñi o de don Manuel María, como Dumas cuando mató a D'Artagnan.

Esta convivencia diaria con los héroes de sus cuentos le ha permitido conocerlos a fondo y, en consecuencia, decirnos con claridad lo que sufren, sueñan, quieren o piensan. Olvidándose de sí mismo hasta la despersonalización, se ha recluso en el alma de ellos y ha logrado

así la delicia de contemplar la naturaleza al través de sus ojos azules o negros. Y no sólo de contemplarla, sino de sentir su influencia en el desenvolverse y en el orientarse de sus pasiones. No es uno de los menos visibles méritos de su libro la estricta relación de la vida afectiva de sus personajes con la montaña. Si prescindimos de algunos descuidos en la observación de los detalles, de esos puntos psicológicos que son, a veces, el gozne sobre que gira un cambio de pensamiento o de voluntad, la pintura de las ideas y los sentimientos de los serranos está hecha con toda maestría. Hay en ella naturalidad y verdad. El equilibrio entre el ambiente y las almas, y la variedad de sus acciones y reacciones recíprocas anima las escenas de sus cuentos con un soplo de realidad no común en los libros chilenos. Esto se debe principalmente, nos parece, a que, conociendo a fondo el autor tanto a sus personajes como el medio en que actúan, al describir un estado de ánimo de los primeros o un aspecto del segundo, de la montaña, lo hace con la facilidad de quien habla de cosas que le son familiares. ¿Cómo podría perderse en disquisiciones estériles al contarnos algo de lo que intenta Nicomedes, en quien ha ahondado como en las aguas de algún riachuelo de su heredad nativa, y cómo enredarse en la descripción de un aspecto cualquiera de la sierra, cuando todos son para él tan

conocidos como los gestos de los capataces o de los arrieros?

La simplicidad de la psicología de sus personajes ha facilitado, sin duda, al autor el completo conocimiento de ella. Si en vez de decirnos lo que pasa en esas almas casi elementales, hubiese intentado el análisis de espíritus finos y complejos por la multiplicidad de sus ideas y la heterogeneidad de los componentes raciales que forman el vaso en que se consumen, o de que se elevan como llamas, tal vez no nos daría una visión tan clara de sus caracteres como la que tenemos de los que nos presenta en esta obra. Esa simplicidad, que parecería ser desdeñable, acostumbrados como estamos a las sutilezas espirituales de los personajes de excepción, es sin embargo, uno de los elementos que más contribuyen a la vida de los seres estéticos y, en consecuencia, a la gloria de su creador. Tomados en sus aspectos generales, los sentimientos que forman el fondo humano primitivo,—el amor, el odio, la ambición, los celos,—son los que, individualizados en un tipo, han vivido más en la novela y en el drama. La incidencia emotiva fugaz, el matiz moral único, todo lo buscado por los sibaritas del análisis introspectivo, desaparece ante la gran corriente de las pasiones impulsadas por el fuego originario de la vida. Los sentimientos que deciden las acciones de estos montañeses son, pues, elementales, pero por eso mismo, por estar cerca de la tierra, tienen un intenso y hermoso valor humano.

Y viven tan unidos a su ambiente que, aun al particularizarse en los caracteres de los distintos héroes de este libro, nos parecen ser emanaciones de la cordillera. Lo que alienta en esos personajes, lo que constituye su fuerza evolutiva, lo que pone en sus labios el grito, el beso o el insulto, es la sierra. Ella es lo más visible, lo más importante en la definición y clara armonización de los valores morales,—los sentimientos,—con los valores paisajísticos,—los aspectos de la luz, de los valles, de

las nubes, de las rocas. Si en algunos cuentos chilenos la cordillera aparece sólo como término decorativo, como elemento apropiado para cerrar el fondo de una descripción, en este libro no, su belleza está siempre presente, viva y enorme. Las ideas y los sentimientos de los montañeses se desenvuelven como una prolongación de su vida plácida, soñadora o dramática. Ella es, pues, lo dominante. Las dificultades que, tal vez por el frío de su sublimidad, presenta la montaña como tema de arte, eso que ha alejado de ella a los artistas del pincel y de la pluma, tanto como los ha atraído el mar,—hay un lienzo de montaña por cada cien marinas y una poesía a ella por cada ciento al mar,—han sido vencidas por Latorre. Su montaña es viva; sueña, alienta, lucha. Sus elementos están muy por encima de las almas que la habitan, es, en realidad, el personaje principal de estos cuentos, como el jardín, el Paradou, con sus flores y fragancias, en la novela de Zola, y como la Catedral, con sus columnas, sus follajes de piedra y sus sombras, en la novela de Hugo.

LAS TEORÍAS IBÉRICAS Y COLMBINAS DEL SEÑOR MARQUÉS DE DOSFUENTES.—*Emilio Vaisse*.—Santiago, 1918.

Con la misma delicadeza con que el entomólogo coge una mariposa y la clava en el sitio preestablecido por su ciencia dentro de las cajas de colección, el señor Emilio Vaisse ha detenido, en este libro, el vuelo, tan inseguro y vagador como brillante, de una fantasía.

El alfiler es de oro. Con una exactitud que llega al primor, el señor Vaisse empieza por enumerar todos los artículos publicados en los diarios chilenos sobre la imaginación que atrae sus ojos. Su intento es, sin duda, evidenciar la importancia de ella, su rareza y—¿por qué no?—su hermosura. Porque, si no tuviera esas cualidades, no habría levantado esas contradicciones que levantó, y si no las hubiera levantado, no habría adquirido la celebridad que adqui-

rió, y si no la hubiera adquirido, el señor Vaïsse no se habría dado el trabajo de escribir este libro.

Insinuada esta risueña concatenación, el señor Vaïsse parece decirnos:—¿Qué tal? Bello ejemplar, ¿no es cierto? ¿Sí? ¿Os interesa? Pues ya veréis cómo lo cojo, y lo clasifico, y lo catalogo.

Y en efecto el señor Marqués queda catalogado, en las páginas de este libro, como uno de esos «conferencistas europeos que, al salir del viejo continente en dirección a la América Latina, creen que pasan de un océano de luz a un océano de tinieblas». La labor está hecha con tino, finura sobriedad y otras virtudes, entre las cuales nos habría gustado hallar un poco de misericordia. Porque la lenta y meditada minuciosidad con que desmenuza los pareceres del señor Marqués y con que expone los argumentos de los eruditos Sanfuentes, Dávila y Hernández, revela en el señor Vaïsse un sibaritismo crítico que llega a la crueldad. En sus manos, la papilionaria fantasía del conferencista pierde, para siempre, su polvillo de luz, vale decir, su ciencia latina, su ciencia histórica, su ciencia étnica.

LAUDATORIAS HEROICAS.—*Antonio Bórquez Solar*.—Santiago, 1918.

Este bello libro de un poeta a quien queremos como amigo y admiramos como artista tiene, para nosotros, además de su mérito literario, un valor que nos concierne particularmente: nos trae el recuerdo de los años en que empezábamos a escribir, los años de inolvidable camaradería con Marcial Cabrera Guerra, Contreras, Mont Calm...

Han corrido cuatro lustros, y recordamos, como si fuese algo de ayer, nuestra vida de entonces: afectos, estímulos recíprocos, rivalidades sin envidia, aplausos... Mentirillas inocentes, como la de Cabrera, que aseguraba recibir todas las novedades literarias de América y de las cuales no veíamos sino algunas; lecturas de versos que nos encantaban y que eran, según el «Chico», de

«uno que tiene mucho talento» o de «un muchacho que meterá bulla»; versos que no se publicaban y que eran, en realidad, obra del malogrado amigo; confidencias hechas con respeto casi religioso acerca del juicio que sobre *Ritmos* había mandado, desde la cárcel de Veracruz, Díaz Mirón, a quien González envió un ejemplar de su obra con esta dedicatoria: «Al águila cautiva», juicio que no llegó nunca... Mentirillas, invenciones, recursos para enaltecer el mérito de la obra propia, todo lo que se quiera, pero todo útil, porque nos hacía vivir, más que muchas verdades, en atmósfera de admiración y entusiasmo.

Cabrera era el mentor de los jóvenes. Dirigía y enseñaba. Sobre todo, nos decía una vez, que los temas sean tomados de la vida real. Acabo de escribir el prólogo de mi libro *Tribulaciones de la Carne y del Espíritu*, y es claro, he tomado algo que está al alcance de mis ojos. Y mirando hacia un balconcito del frente, casi oblicuo por la vetustez de la casa a que servía de observatorio para reconocer a los visitantes nocturnos, y al cual se asomaba, a cada instante, una de la «tribulaciones» del poeta, nos leyó algo así (no recordamos sino la idea, el metro y las rimas):

Bajo su mirada, que cae en mí mesa
desde la florida paz de su balcón,
escribo los versos de mi obra que empieza
teñida en la sangre de mi corazón.

Cabrera terminó el prólogo, pero no publicó el libro. Parecía importarle más su Revista *Pluma y Lápiz* y la obra de los amigos, que la propia. Así la de Bórquez, que prologó magníficamente.

Bórquez era en este tiempo su huésped... invisible a las horas de sol. Así, durante algún tiempo, fué para nosotros *L'Hôte Inconnu*. Por fin lo conocimos y, lo diremos para que lo envuelva una ráfaga de engrimeamiento fisiológico, estaba tal como está hoy. Desde el primer momento nos hicimos hermanos de lirismo y algaradas. Tuvimos la suerte de

recoger, en una sola noche, la experiencia que muchos recogen en años: nos aplaudieron y nos pegaron, con diferencia de horas; nos aplaudieron en una reunión de caballeros suizos, en la cual, para no ser vulgares, acordamos hablar de todas las glorias helvéticas sin nombrar la flecha de Guillermo Tell; y a poco nos pegaron porque sí... Por aquel tiempo, el bastón de quien esto escribe, flexible, de caña de la India, practicaba en las noches la enseñanza recibida en las tardes de los profesores de espada ¡tan inteligentes y cultos! Ferragut, Scanzi y Cristini. ¡Y con qué gentileza! ¿No, remotos adversarios?

Desde entonces, — ¿a qué seguir recordando? — nuestra amistad con Bórquez, a pesar de no haberlo acompañado sino en algunas cuentas de su rosario de aventuras y de no participar de sus gallardías ciranescas, como aquella de gritar, una vez que íbamos juntos, a las personas que llenaban el foyer de un teatro: — ¡Abrid paso que aquí vienen dos glorias nacionales! (y ¡oh poder del autoréclame! el paso se abrió) — nuestra amistad con Bórquez ha sido inalterable, tanto que nos imposibilita casi para hablar de su libro con la debida imparcialidad. Sin embargo, lo intentaremos.

El mérito principal de estos versos es, para nosotros, ser versos viriles. Lo femenino nos agrada, pero en su paraíso natal, no en los hombres. Cuando alguno nos habla con acento que hace dudar de su verdadera condición orgánica, nos hacemos cuidadosamente a un lado... Las cosas claras. Y no se crea que decimos esto porque los versos de Bórquez sean sonoros y patrióticos, no, lo decimos por su índole, por su acento mental, porque aun en los momentos de languidez o de tristeza son viriles, como los de los grandes inspirados. ¿Quién ha dicho con más cautivador acento de verdad sus dolores y amarguras que Beethoven? Sin embargo, no hay en toda su obra un sólo instante en que su voz nos haga pensar en que no oímos a un hombre. A caso por serlo más potentemente que

muchos otros, — recuérdese la teoría de Ferri sobre la sensibilidad, — sintió con tanta grandeza. Y no es tampoco que digamos como Mendés:

«Pas de sanglot dans le chant du poète»

sino que hay suspiros de suspiros y sollozos de sollozos.

Aplaudimos, pues, sinceramente la hombría del verso de Bórquez, como aplaudimos la salud de sus organismos rítmicos. Porque bien pudiera que ser los temas de su libro fueran viriles y que su expresión los debilitase; pero no, todo está dicho en forma coherente con lo visto, sentido e idealizado por el poeta. Y todo claro; no se le olvidan las ideas, no se le pierden los puntos de vista, no se le caen las palabras. Para quienes gusten de la melodía tanto en el dibujo ideológico de los temas como en su coloración emotiva, algunas composiciones de este libro parecerán un tanto violentas; pero para quienes gusten de lo vívido, de los resaltos, de la expresión por contraste, de los rasgos energicos, ellas valdrán más que las estilizadas con la unidad de un lienzo o de un grupo de mármol.

Además, los versos de este libro no son de contemplación, sino de acción. El poeta dice los heroísmos de la raza con el visible anhelo de que no se les eche al olvido. Su voz tiene, a veces, en el elogio de los adalides, inflexiones sombrías, comienzos de reproches. Canta lo que se hizo, como un medio de sugerir lo que se puede hacer. Su libro adquiere así un carácter patriótico. Y lo adquiere de un modo superior al de cualquiera historia, porque en sus versos está, además del héroe, el paisaje. El cariño a la patria tiene su raíz menos en los episodios de sus glorias que en los aspectos de su naturaleza. La historia tiene páginas que ha repartido a todos los pueblos; la naturaleza no; por eso es ella la que se recuerda preferentemente en los himnos nacionales. Cuando el chileno que está lejos de su país siente, al recuerdo de él, subir de su pecho una onda de emoción que le

pone en los ojos la turbiedad de las lágrimas, su recuerdo no ha sido el de los héroes, sino el de los cielos, los hogares, las ciudades, los bosques o las montañas de Chile.

Despertar el amor a la tierra por el elogio de sus hermosuras es preparar héroes. Y esto que es la obra de los poetas que no desdennan el más allá de sí mismos, lo hace admirablemente Bórquez. Su libro tiene, pues, una importancia educativa nacional de que carecen los que cantan las minucias sentimentales únicamente, de los que prescinden de las alegrías, las aspiraciones y los dolores patrios, los libros de quienes, aislados en su gloria, parecen decirse como Stiner: «Lo único real soy yo y los alimentos que me sustentan». Para Bórquez no; por sobre las inquietudes de su sensibilidad y los movimientos de su espíritu, están la patria y su historia.

LAS MEJORES POESÍAS DE V. D. SILVA.—Santiago, 1918.

Mucho de lo que hemos dicho respecto a la índole del libro de Bórquez podríamos decir de este libro de Silva. Su tendencia es casi la misma, las ideas dominantes casi iguales: cantan a los héroes, la belleza de la tierra nativa, la gloria de las grandes naciones. Son, en realidad, libros hermanos.

Si las condiciones de estas notas bibliográficas nos lo permitieran, intentaríamos el análisis comparativo de algunos de los trabajos que tienen en ambos libros, un mismo tema; pero como no queremos ni podemos hacer crítica, nos daremos a sentir la belleza de estos versos flexibles, altos y briosos. ¡Qué bien que nos parecen su acento siempre apropiado al motivo lírico y sus giros tan personales y con no sabríamos decir qué alegría en la expresión aun en los momentos de pesadumbre o de tristeza! Porque—lo hemos dicho en otro artículo—hay en la forma alegría y dolor. Cuando el temperamento del poeta es sano y sus ideas claras, sus versos, aun al expresar lo melancólico, tienen cierta facilidad y soltura que los hacen vivir por sí mismos, que

los presentan como bien organizados, y, en consecuencia, con todos los signos de una vitalidad sana y, por sana, ignorante de las contorsiones dolorosas. Es el caso de Silva. Su verso es siempre fácil, airoso, lleno de energía y de ardor.

Y siempre varonil. No cae, ni aun al decir las más tenues delicadezas, en afeminamiento. La invasión de la sensibilidad masculina en el campo que con tanta gracia cultiva la femenina, es, de seguro, para el poeta, como para nosotros, un error. Las sutilezas de los sentimientos femeninos,—melodías en tono menor, claridad de fuegos que despiertan, penumbras de misterios cargados de flores por abrir,—cuanto es consunción de energías que sueñan ser actos, no puede ser dicho por nadie mejor, no parece, que por sus víctimas gozosas. Escuchémoslas. Consideremos que si la mujer ha hablado mucho, ha cantado poco. No le quitamos su acento.

Además, inclinarse a esas fugacidades sería contribuir, por otro lado, al descrédito en que puede caer la poesía por la minusculización de sus temas y la delicuescencia de sus valores verbales. La poesía no es propia para el diletantismo. Es un arte serio y elevado, el más elevado de todos. ¿Qué son las frases del político y las reflexiones del filósofo sobre el bien, el amor, la patria, la justicia y la libertad frente a los himnos entonados a ellas por los grandes poetas de la tierra? Mas para acercarse a esos inspirados, es preciso dirigir el cultivo de la propia personalidad hacia su mayor amplitud, hasta convertirla en representativa de cuanto hay de puro y ardiente en la vida del espíritu y de la naturaleza, y no hacia su diferenciación de cuanto pueda tener de común con los sentimientos generales, elemento de las grandes obras. Es lo que ha hecho Silva. Su verso no busca matices morales primorosos, ni sutiles rebuscamientos expresivos, no se aísla, no monologa; estimula, exalta los sentimientos del mundo que aspira, sueña y ama con las siempre claras an-

siedades que puso la vida en la sangre y en el alma. Inspirado por una especie de romanticismo social, da de preferencia, sus acentos al pueblo. Los versos en que canta sus ensueños de reivindicación y sus alegrías y sus dolores, nos parecen, por el calor comunicativo de las ideas y su espontaneidad, sus mejores versos.

INQUIETUD. — *Benjamin Oviedo Martínez*.—Santiago, 1918.

La senda elegida por el autor de esta obra es la predilecta de la juventud de hoy: el pesimismo. Se advierte desde los primeros versos de este poeta de diez y ocho años, que el origen de su mal y, en consecuencia de sus lamentos, no es ni puede ser el mismo de los grandes desencañados: su hastío es anterior al placer, su escepticismo anterior a la sabiduría, su desaliento anterior a la lucha. Esto quita a su libro el mérito de lo natural y de lo humano. Al leerlo, dudamos de que el poeta sea víctima de su alma. La contaminación moral de los libros es más efectiva de lo que parece y sus estragos muchos más de los que se cantan en verso o se cuentan en prosa.

Mas, si nos resistimos a dejarnos convencer por sus ideas desconsoladoras, admiramos y muy sinceramente los méritos literarios de sus sonetos. Son suaves y correctos. La unidad del pensamiento que expresan es visible y la pulcritud de los versos admirable. Hay algunos de ellos de una sencillez y soltura que no hemos visto desde hace mucho tiempo en la obra de los jóvenes. Y luego es digno también de elogio por la sobriedad de su lenguaje, el sentido de la medida en el desarrollo de sus temas y el no estimar que sus pensamientos son superiores a los moldes tradicionales. Cuando este joven poeta renazca a la vida que es luz, alegría y pasión, cuando se olvide de los pensamientos importados, cuando ame, o enlo-

quezca enardecido por una ilusión íntima o patriótica o humanitaria, cuando se penetre de que su vida no es «la vida amarga del agua en los pantanos» sino la «compagne de route des étoiles», su obra será luminosa y grande.

LOS MOMENTOS. — *Daniel de la Vega*.—Santiago, 1918.

Este libro, del más delicado y fecundo de los poetas jóvenes, merece el elogio de todos, aun de quienes estimen que la poesía es algo más que puro sentimiento.

La sencillez de su expresión, que llega, a veces, a la frase dicha casi sin pensarla, como reflejo de ideas y emociones que, por serenas, parecen no emanar de un poeta, sino venir de lo misterioso del más allá, es de una dulzura y transparencia admirables.

Esta sencillez, que si puede ser humildad, no es pobreza, tiene innegable importancia en los actuales momentos de la poesía chilena. Es una vuelta a lo natural; el abandono de los primores y abstrusidades de algunos escritores exóticos, cuya influencia va pasando ya. El movimiento tendiente a la quintesenciación de la poesía, que, para huir del romanticismo populachero, empezaron los parnasianos, siguieron los simbolistas y continuaron unos cuantos neo-ismos, habría llegado al hermetismo ideológico más absoluto si algunos escritores de las nuevas generaciones no se hubieran propuesto descender de ese vértice hierático y obscuro, en busca del ancho campo de los sentimientos comunes a todos. Para esta obra,—iniciada también en nuestra literatura,—de la Vega es uno de los mejor dotados y de los mas cultos. Su libro es el más claro testimonio de nuestra opinión y el mejor vocero de su triunfo.

MIGUEL LUIS ROCUANT.